

● punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

#258



JULIO-AGOSTO 2026 • ISSN: 0188-381X

Color



punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

258



6

EDITORIAL

DOSSIER



8 *Doce días de seda*
Valeria Guzmán Castillo

24 *Invierno rojo*
Andrea Martínez

44 *Equimosis*
Marisol Ramírez Cruz

18 *Unos colores que yo he visto bien despierto*
Diego Montoya Coquis

32 *Bitácora de un pescador*
Fernando Hernández Alcalá

48 *Salto de fe*
Gael Montiel Hernández

20 *San Miguel Tepalca enero del 2026*
Lucero de la Fuente

36 *Díptico en ausencia de color*
Victoria Marín Fallas

23 *La señal*
Gerardo Almaraz

39 *Autorretrato en amarillo sobre fondo negro*
Armando Gutiérrez Victoria



51 *La isla esmeralda*
Daniela Rico Straffon

57 *UV*
Jorge A. Mejía Rivero

58 *Arbitrario*
Tamara Andrea Salamonovitz Rivadeo

DEL ARCHIVO



RESEÑAS

67 *Nombrar el espacio en blanco*
Evaluna Pereyra



70 *La gramática de la inadaptación*
Giselle Meza



62 *Parcela salvaje: conversación con Chavis Mármol*
Luisa M. Zárate



TINTA SUELTA

74 *Génesis en negro*
Liz Palma

86 COLABORADORES

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas

Rector

Rosa Beltrán

Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez

**Directora de Literatura y Fomento
a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada

Edición: Aranzazú Blázquez Menes

Diseño y dirección de arte: Anilú Zavala

Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México, 04510.

puntodepartida.unam.mx

puntoenlinea.unam.mx

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a

puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en
sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución. *Punto de
partida* es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección de
Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510.
ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido:
4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102. Tiraje: 1000 ejemplares en
papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina sulfatada de 12 puntos.

 Puntodepartidaunam

 puntodepartida_unam

Color

Desde la Antigüedad hasta hoy, el color sigue siendo uno de los fenómenos más enigmáticos y fascinantes para la humanidad. Sobre él se ha escrito en la filosofía, el arte y la ciencia, y sus explicaciones contrastan en pensar la naturaleza del color más allá de la percepción humana, o bien, en descifrar la fisiología que hace posible percibirlo. Todos los seres vivos nos relacionamos entre nosotros a través de él, conscientes de ello o no: para ahuyentar, atraer o engañar; para identificarnos y diferenciarnos; para representar y recordar. Por ello, este número propone el **color**, cualquiera de ellos, como foco de la escritura.

El *dossier* comienza con el relato “Doce días de seda”, con el que Valeria Guzmán Castillo, periodista de El Salvador radicada en Barcelona, resultó finalista del IV Premio de relato migrante convocado por el Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España y el Festival Centroamérica Cuenta. Un texto que habla de la precariedad laboral de la comunidad migrante y del tono de la piel como termómetro de sociabilidad. Le siguen dos poemas de Diego Montoya Coquis donde el color figura como signo del paso del tiempo en la infancia y la cotidianidad. También aparecen distintos tonos del rojo: el que colma los escenarios bélicos en “La señal”, poema de Gerardo Almaraz; en la crónica de Andrea Martínez acerca de su iniciación en la nota roja; y en el poema “Equimosis”, de Marisol Ramírez Cruz, sobre la hipnosis de las huellas del dolor.

Entre otros textos, están aquellos que ofrecen recorridos sensoriales y que sitúan colores específicos de cosas como índice de las emociones; así lo hacen Lucero de la Fuente en “San Miguel

Tepalca”; Victoria Marín Fallas en “Díptico en ausencia de color”, un poema híbrido entre prosa y verso, y Daniela Rico Straffon, que escribe una crónica sobre su viaje a Irlanda, donde se descubre como la dueña absoluta de su tiempo. Para Armando Gutiérrez Victoria la luz cálida es una suerte de presagio, y para Fernando Hernández Alcalá, que escribe “Bitácora de un pescador”, los colores son evidencia de una vida que se desvanece. Y en un sentido opuesto, a pesar de su omnipresencia, Gael Montiel y Jorge A. Mejía nos dicen de ellos que son “una mentira para darle sentido al mundo” o, de la luz ultravioleta, que “su nombre es más de nombre que certeza”. Cierra esta parte un poema de ritmo y tono performático escrito por Tamara Andrea Salamonovitz Rivadeo.

En este número, **Estudio abierto** es resultado de una conversación entre el reconocido artista Chavis Mármol y Luisa M. Zárate a propósito, entre otras cosas, de la identidad y de su desapego crítico a las fórmulas repetitivas y complacientes. Y en la sección de **reseñas**, Evaluna Pereyra escribe sobre *Blanco* de Han Kang, Premio Nobel de Literatura en 2024, y Giselle Meza reseña *La tierra que no te quiso*, primer libro de Mariano del Cueto publicado por la editorial El arte nuevo. Para **Tinta suelta** publicamos la serie de viñetas de Lizzabela “Génesis en negro”, y a los poemas, crónicas y cuentos, los acompañan piezas de Aura Marun, Rosario Lucas, Sofía Altieri, Abinadí Martínez, Ivanna Villarán, Itzia Vieyra y Melissa Paredes, a quienes también agradecemos pensar en este espacio para dar a conocer su trabajo gráfico.

Que disfruten este número. 

Aranzazú Blázquez Menes

Doce días de seda

Valeria Guzmán Castillo

Relato finalista del IV Premio de relato migrante, convocado por el Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España y el Festival Centroamérica Cuenta.

El trabajo era simple: armar cajitas de cartón brillante y meter dentro un pañuelo de seda. El problema fue que algunas de las cajas que armé iban con una mancha chiquita de sangre en el borde derecho. No era la gran mancha que uno diga “uy, qué masacre”, pero digamos que si yo fuera una señora rubia en El Corte Inglés y me entregan mi pañuelo en una caja con manchita ocre sí que diría “qué asquito”. Pero es que a veces, mientras ocultaba a los de la empresa que mis paquetes tenían una manchita de sangre, pensaba que daba igual, que la señora imaginada de El Corte Inglés siempre diría “qué asquito” al saber que yo la armé.

Ese trabajo lo manifesté, como dicen en internet. Pero creo que lo manifesté mal. Ahora pienso que debí haber sido más clara y apuntar a algo más alto, pero por algo se empieza. Vine a Barcelona hace tres años, cuando iba a cumplir los treinta. Después de una década de trabajar en un periódico y un par de años de dar clases en El Salvador, unos sustos me indicaron que era hora de irme. En esos diez años vi suficientes deslaves, muertos, temblores y terremotos políticos. Cualquiera diría que una tiene suficiente experiencia para conseguir un trabajo más o menos decente, pero la cosa está complicada. Y la tengo más complicada porque me vine a vivir al país de Cataluña, que está dentro del país-país España.

Aquí sólo hay una periodista famosa y latina. Sale en un telediario al mediodía. Y es raro, porque verla a ella, más pálida que yo, llamarse a sí misma una mujer “de color” en la tele fue lo que me hizo preguntarme qué color de piel tengo. Está claro que no soy blanca. Tampoco soy negra. Sinceramente, siempre he pensado que soy amarillenta con subtonos verdes, pero una no puede andar diciendo eso por la calle. No lo digo, pero busco a gente de ese moreno verde-amarilloso para hacer amigas aquí. Pienso que ellas no me pueden rechazar porque somos iguales:

un intermedio raro. Hasta ahora he tenido suerte. Así terminé con un directorio de amigas ecuatorianas.

Ellas me invitaron a tomar clases de baile en un grupo de reguetón. Algo así como zumba para señoras jóvenes que todavía nos creemos aventadas. No hacemos *twerk*, pero movemos las nalgas. Un día de estos, al salir de clase le dije a la Iris: “Amiga, si sabes de cualquier trabajo avisame, da igual lo que sea, aunque sea de doblar cajas”. Y la Iris me empezó a contar que en el almacén de su trabajo, en el barrio impoluto de Sarrià, necesitaban gente justo para eso, para armar cajas chiquitas. Usualmente ellos reciben los paquetes de pañuelos de seda ya armados y sólo los distribuyen a otras tiendas. Los trapitos vienen de China, pero la caja pone el nombre de una empresa catalana. Ahí está la ganancia, en mediar con los chinos y traer los pedidos con un *look* kilómetro cero a España. Iris nació en Ecuador, pero se crió en Barcelona. Por eso los catalanes de la empresa le tienen confianza. Un día de estos, la empresa se peleó con los proveedores de un pedido de allá y quién sabe la gravedad del problema, pero los chinos les dijeron “ah, conque así estamos, ahí les va el pedido” y les enviaron los cartones de las cajas planas por un lado y los pañuelos por otro. El pleito no parece tan grande hasta que te das cuenta de que son sesenta mil cajitas las que hay que armar y rellenar. Así que Iris empezó a reclutar gente. Por eso digo que manifesté mal, aunque en realidad fui muy efectiva porque conseguí exactamente lo que solicité. La Iris le contó al motorista de la empresa su problema y con él empezaron a armar una mini plantilla discreta de manos rápidas que operaba desde el parqueo del almacén. Ahí nos pusieron sillas plásticas y dos mesas blancas para ir colocando el producto.

El motorista se llama Óscar. Es venezolano y tiene un camión chiquito con el que también hace viajes de mudanzas en la ciudad. Cuando le sobra tiempo, se va a esperar a la puerta de Ikea a los que van nomás dizque a ver y salen cargados y sin tener en qué llevar las cosas a casa. Él se rebusca. Cuando Iris le preguntó si tenía trabajadores a su disposición, el maitrito le dijo que sí. Al siguiente día, él, su mujer Luz y una psicóloga llamada Margarita ya estaban en el parqueo techado del almacén doblando cajitas. Pronto se dieron cuenta de que no era suficiente gente y bajo promesa de discreción, la Iris me llamó a mí y al novio de su hermana.



El cuñado y yo ganamos siete euros por cada hora dedicada a doblar cajitas escondidos en el parqueo de Sarrià. La Margarita cobra a seis la hora. Pero eso no es cosa de Iris porque ella es buena gente, sino de Óscar. Margarita es de Cuba y lo que nos contaron a Luz y a mí es que se conocieron en la calle, cuando él venía de hacer un viaje. Empezaron a platicar sobre lo difícil que está la situación y Óscar le dijo que dejara de preocuparse, que él le ofrecía trabajo doblando cajas, pero a cambio, le tenía que dar un euro por cada hora que le pagaban.

Cuando empezamos, miraba ilusionada los pañuelos e imaginaba con qué ropa me los podría combinar. Los pañuelos tenían diseños de flores tropicales tipo platanillos y jengibre de colmena. Sólo flores de las que no hay aquí. El primer día vi un pañuelo con la flor picuda del ave del paraíso y me empecé a reír porque me acordé de la vez que mi mamá le robó varias de esas a la mata de una vecina para ponerlas en el florero y durante una semana nos pudrimos de calor en la casa: mi mamá no dejaba que abriera las ventanas para que nadie viera las dichas flores. Después me entró un poquito de tristeza por imaginarme ahora ese jarrón y la casa vacía, así que seguí trabajando. Y mejor, porque por verlos perdía tiempo y las otras dos muchachas no me miraban con muy buenos ojos.

Durante los primeros cinco días trabajamos hasta diez horas de corrido. Ahí fue cuando se me hizo una ampollita en el dedo índice que después se me reventó. A la hora del almuerzo, la Iris nos dejaba entrar a la parte de oficina donde estaban los trabajadores jóvenes y rubios —aunque había un pelirrojo que no combinaba— y ahí calentábamos nuestro almuerzo y comíamos. Luego volvíamos al parqueo y seguíamos con la rutina. Yo trataba de vestirme como si fuera trabajadora de adentro del local y no del parqueo. Pensaba que sí, tal vez, a alguna de Recursos Humanos le gustaba mi camisa me lo diría y empezaríamos a platicar y le diría que yo también antes trabajaba dentro de una oficina, no afuera.



Me pasaba las horas escuchando las pláticas de Luz, Óscar y Margarita. Buenas personas, pero me hartaban. La Luz tenía una muletilla molesta. Después de cada frase decía: “¿Me entendiste?”. Las primeras veces le respondía que sí. Pero luego aprendí a ignorarla. Contaba historias francamente aburridas y preguntaba si le había entendido. Sí, Luz, entiendo que un apagón en España no es nada comparado con un apagón en Venezuela. Al principio pensé que tal vez algún día, después de doblar cajas, tendría confianza para decirle a alguien que me acompañara a pasear por la casa donde vivió Gabriel García Márquez en su temporada por Barcelona. La casa nos quedaba a ocho minutos, pero no lo hice porque vi que no les caí tan bien.

Óscar un día me preguntó qué pensaba del presidente de mi país, porque él lo admira mucho y cree que un hombre como él hace falta en Venezuela. Yo tengo memorizada la respuesta y hasta la cara que debo poner cuando hablo del tema: “Como todos los políticos, tiene cosas buenas y cosas malas. Eso no se puede negar”. Es importante decir la última frase porque reafirma el sesgo que trae la persona que pregunta. Si es fan del hombre, entiende que también le veo cosas positivas. Y si es detractora, me ve como alguien con una opinión balanceada. Todo mundo tranquilo. Cuando respondí se quedaron en silencio. Al rato, Luz dijo que ya le tenía arrechera a las cajitas y asentí. Conforme pasaban los días, en mí iba aumentando el desprecio hacia la gente que usa los pañuelos tan tranquilamente sin imaginarse quién los empaquetó. Y me daba más cólera porque quisiera ser como ellos, gente a la que le alcanza el dinero para comprarse un pañuelito de seda por capricho.

Yo sé que era la persona más preparada del parqueo del almacén y quizás por eso no lograba conectar con las muchachas que trabajaban conmigo. Margarita me daba pereza porque decía que el día que pisó tierra española volvió a nacer. La veía igual de miserable que Luz y no entendía por qué tanta algarabía, aunque es cierto que no he pasado hambre como dicen que pasan los que vienen de Cuba y Venezuela.

A veces sentía que ellas vivían en otro país. Uno de mucho agradecimiento y mucho “salir adelante”. Yo apenas salgo de mi barrio cuando me sale algún trabajo. Una tarde, la Margarita dijo que lo único malo que le ve a su llegada a España es que aquí también se permite el aborto como en Cuba y la Luz asintió. Dijeron que la gente parece muy civilizada excepto por eso. Ahí sí empecé a discutir, aunque poco, para que las trabajadoras de adentro no me relacionaran mucho con ellas. Dije que estaba de acuerdo con el aborto, aunque maticé con una mentira. Expliqué que sólo estaba de acuerdo para los casos que han propuesto las feministas de mi país: en caso de violación, si la vida de la madre o del feto corre peligro y cuando la embarazada es menor de edad. Ellas

se quedaron pensando o fingieron pensarlo, pero al cuñado de Iris se le encendió algo y empezó a discutir conmigo. El muchacho es de esos blancos que no se ponen morenos, sino un poco anaranjados con el sol. Tiene el pelo castaño, no porta barba ni bigote y todavía habla con voz chillona. Había permanecido asintiendo educadamente a las historias de Luz, Óscar y Margarita. La primera semana estaba puro muñequito callado, pero que yo hablara sobre abortos pareció puyarle el botón de encendido. Él dijo que España está perdiendo el respeto por la vida y especialmente por la vida de las mujeres. A él le tocaba llevar el recuento de los paquetes que aún faltaban por hacer, así que no entiendo cómo podía hablar tanto y llevar la cuenta. La cosa es que dijo que el problema actual de España es la migración, pero la migración de árabes porque no respetan a sus mujeres y por eso las cubren con velos. A mí no me convenía que me vieran pelear con un español, entonces adopté una falsa curiosidad. Le pregunté qué pensaba de los migrantes de Latinoamérica y dijo que no había problema porque nosotros sí compartimos los mismos valores cristianos. Después nos contó que al final de este verano regresará a Dubai porque allá tiene un contrato por seis meses al año en los que instala cables de fibra óptica. Sólo con eso, nos contó, puede estar cómodo la otra mitad del año en España.

Dudo que el cuñado de Iris sea virgen y puro aunque hable como chico de seminario católico. Calculo que tendrá unos veintidós años y no puedo excusar tanta estupidez sólo porque está bicho. Con veintidós años yo tenía más claras las cosas. Sabía qué defender y no andaba de mojigata. Cuando salía de trabajar, me iba con mis compañeras de redacción a platicar, discutir y pelearnos. Después nos tomábamos unas cervezas de las cholas y bailábamos con cheles altos y extranjeros.

En la siguiente clase de reguetón le conté a Iris que su cuñado era un chico conservador y un poco racista, pero ella le quitó importancia. Pensé que como feminista estaría más indignada, pero nada más dijo que era un posadolescente, que no sabe nada de la vida. Al salir, me quedé pensando en las vueltas que da la vida y en que cómo putas es que llegué al punto de tenerle envidia al contrato laboral de un crío.

Doblar cajas es como una meditación, me repetía a mí misma en esos días para darle algo de misterio divino a mi trabajo. Con la mano izquierda cogía un cartón plano y lo ponía sobre la mesa. Con la mano derecha empezaba a doblar los cortes premarcados y con la izquierda los iba dejando en su sitio. Después colocábamos el pañuelo de tela suave. Eso lo repetíamos, entre todos, unas cinco mil veces al día. El décimo día por la mañana, mientras la puerta del parqueo se abrió para sacar un palé lleno de cajas ya listas para la venta, una pareja de señores de unos sesenta y tantos escuchó nuestros acentos y se detuvo. Luz y

Margarita estaban tratando de decidir qué era peor, si el chavismo o el castrismo, y los demás escuchábamos las desventuras de cada una en sus países. Cuando vimos a la pareja nos quedamos callados porque en la empresa nos advirtieron que si venía una inspección no podíamos decir que estamos trabajando ahí, que sólo nos saliéramos, que dijéramos que veníamos a preguntar algo. Ése era el plan. Aunque creí que era un plan pendejo, le sonreí a los jefes de mi amiga como diciendo que sí. La pareja nos saludó amablemente. Tenían acento venezolano. Él señor nos pidió perdón por la intromisión y nos preguntó si ahí había trabajito. Se me hizo raro porque iban bien vestidos y Sarrià no es un barrio al que uno va ofreciendo servicios. Nosotros dijimos que no y nos apresuramos a cerrar la puerta disimulando un poco porque no queríamos perder nuestros siete euros por hora. Seis en el caso de Margarita. Y el problema es que si llegaban más personas, las cajitas se acabarían más rápido.

Ese día en la tarde, el pelirrojo salió corriendo a la calle mientras le gritaba a alguien por teléfono. Es chistoso porque habla catalán con un acento que nunca había escuchado, creo que es de Mallorca. Del grupo del parqueo del almacén sólo yo hablaba catalán. El cuñado de Iris llevaba una pulsera amarilla con bandas rojas en la mano derecha. Y ésa, para mí, ya es señal suficiente para no sacar a relucir el tema de las lenguas cooficiales. Yo aprendí catalán en los primeros dos años que vine a Barcelona. Para entonces todavía se mantenían mis clases en línea para estudiantes universitarios de un centro privado en San Salvador. Durante mis noches, les hablaba a jóvenes más puerbertos que adultos sobre cómo armar una guía de preguntas para una entrevista y sobre la pirámide invertida. Así que durante dos años en las mañanas me dediqué a aprender catalán. De poco sirvió porque en ningún trabajo de periodismo me han aceptado. Aquí, como mínimo, piden el C1 y yo sólo tengo el B2. El dinero que traía ahorrado ya se me acabó y no me alcanza para pagar los cincuenta euros del Consorci per la Normalització Lingüística y los 35 del libro con cada nuevo curso. Para reiniciar debería entregar el fruto de doce horas doblando cajas. No es mucho, pero este año la universidad no me renovó contrato remoto y ahora



dependo sólo de lo que vaya saliendo aquí para conseguir los 412 euros de la habitación que rento.

En la noche le pregunté a mi amiga por qué gritaba el pelirrojo. Ahí descubrí que es el encargado de *marketing*. La empresa contrató al actor Mario Carsas para ser la imagen de la campaña de otoño 2025. Mario Carsas ahora es guapo, pero no está en su mejor momento. Ése fue cuando tenía veinticuatro años y actuó de novio tóxico en una película, pero tenía unos abdominales que nos hacían, a mí y a cualquier chica, olvidar ese detalle. Ahora luce como cualquier español normal, de mediana edad, corriente pero bien cuidado. En 2010, con mis compañeras de escuela decíamos que lo amábamos y casi todas teníamos un póster de él recostado sobre una moto, con una chaqueta negra, mirando con ojos entrecerrados hacia el horizonte. El cartel que tenía en mi habitación lo compré al salir del instituto en el centro histórico de San Salvador, antes de que hubiera Starbucks y turistas. Hace quince años ahí había de todo, menos gente blanca. Los únicos chelitos que había eran los artistas de los pósters que se vendían en la calle Rubén Darío, cerca de la parada del microbús de la 101-B. Antes de irme del país ya habían quitado la parada de buses. No combinaba en el escaparate del centro que ha creado el presidente Nayib Bukele. En los últimos años me he encargado de unir siempre la palabra presidente antes de Nayib para que no parezca que hablo con odio, para que se note el respeto con el que debemos hablar de él.

El encargado de *marketing* estaba alterado porque se puso en entredicho el valor de su gran logro ante la empresa, que fue que Mario Carsas aceptara la campaña. Lo había asegurado con varios miles de euros, así que, ¿cuál fue el pedo? Que quién sabe si por un personaje o por propia crisis de la mediana edad, se dejó crecer la barba y el cabello. Y al ponerle un pañuelo de seda en el cuello parecía un *hipster* cualquiera, pero no quedaba nada del chico malo en motocicleta y chaqueta de cuero. Y si en una publicidad aparece Mario Carsas, pero nadie la vuelve a mirar porque no parece Mario Carsas, ¿esa publicidad realmente existió?

Yo me carcajeé cuando supe el dramón del pelirrojo. Al día doce, cuando sólo nos faltaban dos mil cajas por doblar, lo empecé a ver con compasión... me daba una lástima. Yo también sé lo que se siente cuando las cosas no salen como una las ha planeado. Yo que pensaba que con aprender la lengua de aquí y tener experiencia laboral tendría un trabajo pronto me encontré en ese parqueo. Al menos en redes sociales mis colegas y amigas no saben nada de mi vida laboral venida a menos. Eso creo. Lo del teletrabajo es muy convincente y aunque no me lo preguntan, todo mundo asume que sigo trabajando de eso porque en redes sociales sigo subiendo fotos conociendo Cataluña y tomando vino. De vez en cuando me preguntan si me ha salido un novio español y hasta ahí llega la curiosidad. Aunque sé que mi perfil es hipócrita, suelo comparar mi vida con la de las demás y me cuesta creer que la felicidad de ellos es también un poco falsa. Creo que ellos sí que están bien de verdad y no sólo un poco, como yo.

Cuando terminamos los últimos dos mil paquetes, nos entregaron el pago en un sobre. A mí me dieron 672 euros. Y a Margarita calculo que 576. El sobre de ella y de Luz se lo entregaron a don Óscar, así que quién sabe realmente con cuánto se quedó él. Intercambiamos contactos y resulta que Luz y Óscar viven cerca mío, somos vecinos. Vivimos exactamente en el barrio más alejado de Sarrià dentro de Barcelona, en Torre Baró. Aquí una montaña nos separa del centro de la ciudad y todo mundo cree que esto ya no es el municipio, pero claro que lo es. Dos veces me los he encontrado ya en la fila del supermercado bonÀrea que está allá abajo. La última vez que los vi, Luz andaba de buen humor y me contó que Mario Carsas andaba en mi país, que viera los videos que había subido en Instagram.

Vine a la casa y me senté en el balconcito que comparto con otros dos muchachos que viven conmigo. Busqué el usuario del actor y encontré su perfil. El verano lo estaba pasando en El Tunco, una playa cerca de la capital donde solía ir con mis amigas. Al inicio me causó gracia que un famoso anduviera en el mismo lugar donde con mis compañeras nos reíamos o llorábamos por los casos que habíamos cubierto durante la semana. Me serví una cerveza Xibeca en un vaso plástico y seguí viendo las publicaciones. La segunda era de Mario Carsas en un helicóptero rodeando el cráter del volcán de Santa Ana. Ése fue el primer volcán que subí a pie en mi vida con un novio que dejé allá. La descosida total me vino cuando vi un tercer video de Mario Carsas caminando por el centro histórico de la capital y diciendo que no podía creer lo seguro que se sentía en un país que, hasta hace poco, tenía muy mala fama. Y ahí sí que quise gritar, pero en Torre Baró las casas están amontonadas por pobreza y por cartografía, y no quiero ser la panchita loca del

barrio así que me tragué el grito junto con el vaso de Xibeca y empecé a escribir un comentario en el video. “¡¡¡Claro que El Salvador es seguro cuando vas en helicóptero, claro que la playa te va a encantar porque la arena es local, negra y suave, no como el pedrerío importado de las playas de Barcelona, y claro que te va a parecer seguro cuando no has sido periodista y has tenido que dejar toda tu vida porque a ALGUIEN no le gusta la prensa y te persiguió a vos y a todos tus compañeros!!!”. El comentario lo acompañé de exactamente tres signos de admiración tanto de apertura como de cierre, pero me parecieron excesivos y los empecé a borrar. Después lo quise hacer más corto para que tuviera más visibilidad dentro del algoritmo y lo terminé eliminando por completo. No quería que el equipo de comunicaciones de Mario Carsas hiciera alguna conexión conmigo y con la empresa de pañuelos sedosos donde trabaja mi amiga. Yo sé que es ridículo e improbable, pero más vale curarse en salud. Ahora ya he comprado tiritas y vaselina, especialmente para el dedo índice que me suele sangrar con trabajos manuales repetitivos. Para cubrir la renta del mes siguiente estoy contando con que en Sarrià se vuelvan a pelear con los chinos. 📌

Valeria Guzmán Castillo es migrante salvadoreña. Es periodista y máster en Estudios de Género, Ciudadanía e Identities. Trabajó en *El Faro* y *La Prensa Gráfica* (El Salvador). En 2020 formó parte del equipo ganador del Premio de Periodismo de Profundidad que otorga la Sociedad Interamericana de Prensa. Ha trabajado como consultora y gestora de comunidad para programas educativos de periodismo en América Latina. En España ha vendido café y ha sido auxiliar ferroviaria. Actualmente trabaja en proyectos editoriales feministas y en campañas antirracistas de participación comunitaria.



Unos colores que yo he visto bien despierto

Diego Montoya Coquis

*Unos colores
que he visto bien despierto
y que están yo sé bien dónde*
Juan Ramón Jiménez

El color es también un ruido

Un día, un bebé ya no es una fiera que dormita
en su silencio inhabitado
sino que le nace
de algún lugar profundo y misterioso
una luz en la garganta.

Un día en la casa de los adultos
se abre una cascada repentina
trepidaciones entrecortadas de colores,
el resplandor dorado del árbol de la vida
sus ramas que se agitan en un cielo nuevo.

Nuestra casa se amplía
fisuras en las paredes y techos
la risa horada la piedra,
un rosetón inesperado cuyos colores
borran la sombra de viejos dioses
que no supieron de risas.

Bodegón

Parece que no hay peor tragedia para un tendero
que ver la fruta secándose sin vender:

Naranjas blandas,
ennegrecidos chiles secos,
y desmoronándose cuatro o más kilos
de calabazas moteadas,
mallugadas en las repisas.

El envejecimiento prematuro del verde
en seis kilos de plátanos negros
y algunos chayotes
hechos corteza
raíz petrificada, ruinas invendibles.

Pienso en cómo todas las cosas se pudren
en bodegones de una nación derruida
en la decadencia anticipada de lo vivo
en los ahorros echados a perder
en este calor y la ausencia de clientes.

Pero el tendero distrae mis reflexiones.
Ha terminado de aplanar el pollo
y entrega una paleta para mi hijo:
“para combatir el calor”, nos dice, sonriendo.

Frente a nosotros, un rojo encendido y húmedo:
el color inesperado de lo dulce.

Diego Montoya Coquis (Ciudad de México, 1991). Es maestro en Historia del Arte por la UNAM. Ha publicado en *Imágenes*, *Cuerpescritura* (Argentina) y *Punto de partida*. En esta última, obtuvo una mención en su concurso anual por *Casi todo es radiante*. A principios de 2026 participó en la residencia internacional Under The Volcano bajo la tutoría de Ben Clark.

San Miguel Tepalca

enero del 2026

Lucero de la Fuente

Una nube luminosa, casi plateada, con el sol detrás. Una penca solitaria de nopal a la altura de las rodillas. El crujir del aire entre los maizales como el rumor de un río seco. *Adagio* sosteniendo la mano de Andrés de camino al árbol solitario en la punta del cerro. El rosa del suéter de Raquel brillando en el campo dorado. El único cachorro entre todos los ganaderos australianos, guardianes de la hacienda, con sus colmillos en nuestra piel y su salvajismo todavía no educado. Los ojos cafés bajo las cejas pobladas de Emilia a la luz del sol y una parvada de garzas blancas volando justo arriba de nuestras cabezas; una isla para ellas en medio del jagüey: su agua serena, casi inmóvil toda la tarde. La sombra de los sabinos haciéndose cada vez más negra con el pasar de las horas. La risa rotunda y suave de Alonso. Las llamaradas verdes y fugaces de la fogata. El aroma especiado de la madera. La pregunta: ¿el fuego va lento o rápido? La falta de respuesta. Las pequeñas cuevas ardientes que se formaron entre los leños consumiéndose.

Dormir doce horas seguidas bajo el efecto del medicamento psiquiátrico. Después, en el granero, los ojos verdes de una gata naranja convertidos en dos líneas enojadas cuando interrumpí su baño para tomarle una foto; la suavidad inevitable de su forma. El balido angustiado de una borrega cuando pasamos junto a su cordero. El destello de hilo azul en el bordado de la madre de Emilia; las cejas de su padre, que son como las suyas, pero blancas. El verde fosforescente de la pelota que la perra nos traía a los pies. La disposición de Pato a siempre lanzarla, no importa cuántas veces se la trajera. La voz grave de Juan haciendo eco en el espacio abierto donde pastaba un caballo.

La luz artificial y amarilla en el comedor. Sentir cerca, como si estuviera sentada también en la larga mesa de madera, a la madre de Emilio

y Rodrigo cuando nos hablaron de ella: le negaron mucho pero no la quebraron. Los tamales verdes y rojos que trajo Romina. Cenar sólo para volver a salir, ahora a la terraza frente al campo convertido en un mar negro y sereno. Mis manos heladas en la noche helada y ponerlas alrededor del cuerpo de Roris, bajo su chamarra. Sobre todo, el cielo estrellado bajo el que bailamos la música de cuento de hadas pop de Magdalena Bay. 



▲ Abinadi Martínez

Lucero de la Fuente (Ciudad de México, 1996). Fue acreedora del PECDA Campeche (2014), participante del Octavo Curso de Creación Literaria para Jóvenes de la FLM y la UV (2016) y becaria en Narrativa en el Programa de Formación Literaria para Jóvenes de la FLM (2020-2021). @libretaminima

La señal

Gerardo Almaraz

¡Patroclo! ¿Por qué me vaticinas el abismo de la ruina?

Canto XVI, La Ilíada

En una piedra grabé la derrota
con pintura roja y negra que sale del cuerpo,
no había murallas alrededor
sino una lluvia de axilas y manos cortadas
esparcidas como confeti
a lo largo y ancho del paisaje.

Los destinos en los pliegues de la palma
cumplían su predicción:
Todo gran imperio ha de caer un día.

Regresé ante mis iguales
y dije a la oreja de alguien el descubrimiento:
El que ríe todavía no ha recibido la terrible noticia.

23

▲ Itzia Vieyra

Gerardo Almaraz (Oaxaca, 1996). Autor de *Vestigios* (2022). Forma parte de la antología *Raíces a una voz* (2025). Ha publicado en *Círculo de poesía* y *Punto de partida*. Articulista de la revista *Buzos de la noticia*. Becario del PECDA Oaxaca (2025). Es miembro del Centro Mexicano de Estudios Económicos y Sociales.

Punto de partida

Invierno rojo

Texto y fotografías de Andrea Martínez

I

—Tu nota va bien, pero le hace falta color —dijo por teléfono una reportera de *La Jornada* a uno de sus colegas más jóvenes.

Ella pedía, además del marcador del partido de fútbol, que la nota tuviera vida, movimiento; es decir, color: las porras ingresando en sonoro tropel al estadio, los aficionados con los colores de su equipo pintados en el rostro, los cánticos rivales alentando a su escuadra.

Su insistencia en el color de la nota me hizo pensar que el periodismo tiene su propio pantone: rosa, amarillo y rojo. El primero para el periodismo del corazón; el segundo, la información revestida de morbo y exageración; y el último, la nota policial envuelta en pólvora y teñida de sangre.

Estos colores comenzaron a institucionalizarse a finales del siglo XIX en distintas geografías de Occidente, aunque existen vestigios del periodismo rosa desde el siglo XVII, cuando la primera revista de Francia, *Le Mercure Galant*, ofrecía crónicas de los salones aristocráticos.

Sobre el concepto *amarillismo*, alguna vez leí que surgió a finales del siglo XIX en la prensa estadounidense, a partir de un personaje de cómic conocido como Yellow Kid, cuyas historias recurrían a la exageración y al sensacionalismo. Por extensión, toda información con esas características terminó por llamarse amarillista.

De la nota roja parece que no hay un origen definido; sin embargo, al menos en México, la primera nota policial con la imagen explícita de un crimen se publicó en 1889 y dejó mudos a los tapatíos. La fotografía fue elogiada y cambió la manera de narrar la violencia en México.

De los tres colores del periodismo, la nota roja es la que más me inquieta. ¿Será porque cuando tenía ocho años encontré a un muerto? Estaba tirado a la entrada de un baldío en Chimalhuacán, Estado de México, cubierto con una cobija San Marcos. Salvo nosotros, la calle seca y polvorienta estaba desierta. Era invierno.

También fue en invierno cuando me subí a una motocicleta para hacer nota roja. Ésta es la historia.

II

En México, a los fotorreporteros que cubren nota roja se les conoce como *onces* porque, a mediados de los años cincuenta, los fotógrafos llegaban a los siniestros en la ambulancia de la Cruz Roja número 11. Enrique Metinides, *El Niño*, hizo canon esta práctica. Desde entonces, todo fotoperiodista de la fuente policial se autodenomina *once*, y con mucho orgullo.

Hoy, en la Ciudad de México, los *onces* ya no se trasladan en ambulancias. Ahora usan motocicletas y su centro de operaciones es un anexo que huele a café de la Fiscalía General de Justicia de la Ciudad de México.

Sobre un anaquel de madera colocan sus cascos, y en otro mueble similar, sus cámaras y telefotos. En una mesa hay comunicados de prensa que dan cuenta de los logros de la Fiscalía: detenciones, operativos, decomisos. En Navidad, también colocan un pino de plástico modestamente decorado con luces rojas.

Aquel domingo invernal, los fotógrafos de *El Metro*, *Basta*, *La Prensa* y *El Gráfico* esperaban el llamado de la tragedia sentados en un sillón gris. Yo iba con Armando Martínez, entonces fotoperiodista de *El Gráfico*.

—¿Ese morrito es tu carnal? —le preguntaron a Armando, señalándole.

—No mames, wey. Lo mandaron de la universidad para hacer una tarea. No le hagas caso —me dijo Armando—, apenas tiene la primaria... y trunca.



—¿Y qué estudias? —me preguntó alguien más.

—Comunicación, pero estoy en la especialidad de Periodismo —respondí, engrosando la voz y poniendo cara de valiente para verme rudo, igual que ellos. Esfuerzo inútil. Ellos miden más de 1.75, miran con severidad y sus chamarras gruesas de motociclista los hacen parecer aún más toscos.

—¿Qué es lo más trágico que les ha tocado fotografiar? —pregunté para desviar la conversación.

—A los niños —respondió un fotógrafo con corte de cabello estilo militar.

—Yo sólo he fotografiado a uno, pero creo que lo sigo soñando. Murió atropellado. En cuanto llegué, lo primero que vi fueron sus zapatitos, que estaban tirados por allá —dijo otro, con la mirada perdida en el recuerdo.

—¿Y cómo se les ocurren los encabezados? Es que luego el accidente está feo y el título muy chusco —pregunté, esta vez con voz de ratón. No quería ser invasivo ni que pensarán que juzgaba su trabajo. En la Ciudad de México, los principales periódicos de nota roja acompañan las imágenes de los siniestros con titulares irónicos, irreverentes y de doble sentido.

Una vez, la portada de *El Gráfico* mostraba a dos monjas en primer plano. En segundo plano y fuera de foco, el cuerpo de un hombre atropellado. El encabezado decía: “¡Madres!”

—Esos no los escribimos nosotros. No podemos. Imagínate, luego, mientras trabajamos, nos quieren madrear, ¿tú crees que vamos a tener cabeza para pensar en un título? Nosotros sólo mandamos la nota y en la redacción hacen su desmadre —confesó Armando.

—Seguro es bien feo ver pura sangre todos los días, ¿no?

—Sí, pero te acostumbras. También hacemos cosas distintas para no volvernos locos. Yo, por ejemplo —contó Armando—, entreno boxeo saliendo del jale y, los fines de semana, hago fotos en bodas y quince años. Hasta gano más que en el periódico.

De pronto, todos se pusieron de pie, dejaron sus cafés en la mesa de los boletines, se colocaron los cascos y tomaron sus cámaras. Su estado de alerta presagiaba tragedia.

—Yo te voy a llevar, pero nos vamos en chinga para ganarle al Gordo. Hay Z-5 por 20 —me dijo Armando.

Me puse el casco y subí a la moto. Temblaba, pero no de frío, sino de miedo. Íbamos a fotografiar a un muerto por choque. No sabía si estaba preparado para ver, otra vez, un cuerpo sanguinolento tumbado en el asfalto, con la ropa hecha jirones. Minutos antes, un *once* dijo que cubrir nota roja en México era lo más parecido a ser corresponsal de guerra. La frase aumentó mi adrenalina.

Nunca me había subido a una motocicleta, y ahora iba en una BMW, rebasando autos micros tráileres motos y esquivando baches, con tal de ganarle al Gordo, paramédico y chofer de una ambulancia del Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas. Si él llegaba antes que nosotros, levantaría el cuerpo y nos quedaríamos sin nota.

Armando me daba instrucciones, pero no escuché nada: el rugido de la moto era ensordecedor. El viento congelaba mis mejillas, mis piernas abrazaban con fuerza el lomo de la moto y sentía los brazos agarrotados por la tensión con la que me aferraba al asiento. No quería ser portada de *El Gráfico*.

Armando bajó la velocidad y señaló el suelo: había restos de vidrio y marcas de llanta sobre el asfalto. Bajamos de la moto y, poco a poco, llegaron los demás. Entonces sacamos las cámaras, elegimos el teleobjetivo más amplio y medimos la luz.

Estábamos en la frontera de la Ciudad de México y Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México, justo en la esquina de periférico Río de los Remedios y calle Valle Cerrato.

La tragedia se veía desde lejos. Un hombre abrazaba el cuerpo de una mujer, cubierto por una sábana blanca manchada de sangre. Sobresalían su cabello y sus piernas amoratadas. Alrededor del hombre había un grupo de gente, pero no para consolarlo. La policía había acordonado la zona.

—Todavía no te acerques —me advirtió Armando—, primero debemos revisar si es seguro. Ya nos han apedreado.

Me había dicho que los *onces* trabajan juntos y se cuidan. No importa quién mande la nota antes; primero está su seguridad.

Escondimos las cámaras entre nuestras ropas y nos acercamos como unos mirones más. Los fotógrafos iniciaron entrevistas discretas: “Oiga, ¿qué pasó?”, “¿eran de la colonia?”, “¿a qué hora fue?”, “¿eran esposos?”.

Luego, con la precisión de Sherlock Holmes que dan los años de experiencia, estudiaron la dirección de las marcas de las llantas, la trayectoria de los vidrios y compararon los tipos de plástico y metal esparcidos en el asfalto.

Cuando localizaron al jefe policial, se identificaron como periodistas y comenzaron la entrevista formal. Mientras tanto, yo miraba al hombre con uniforme de béisbol que gemía desconsolado sobre el cuerpo tendido en la banqueta. Los vecinos lo observaban con piedad y desasosiego.

—Chavito —me susurró Armando—, ve al micro, con discreción, y anota la placa.

Obedecí y regresé con los *onces*, que contrastaban información y construían la historia a partir de los testimonios de los vecinos y de la policía. Lo que pasó fue lo siguiente:

Aquella mañana, el hombre tenía juego de béisbol y se adelantó con su esposa al campo. Más tarde llegarían sus hijos. Subieron a su carro, un Atos blanco, pero el auto comenzó a fallar hasta que se detuvo en la curva de periférico Río de los Remedios. El hombre bajó del vehículo, abrió el cofre y se inclinó sobre el motor para escudriñar sus entrañas.

No supo cómo fue. Todo fue tan inverosímil. Un segundo. Un sonido indefinido.

Un microbús a exceso de velocidad se estampó contra el Atos, comprimió-los-hierros-del-vehículo y lo arrastró varios metros, dejando una galaxia de vidrios rotos sobre el asfalto. La mujer, que esperaba en el asiento del copiloto, salió expulsada por la ventana.

El cuerpo
voló
por
los aires
y se impactó
contra la
fachada
de una casa
hasta caer
en la
banqueta

El hombre no tuvo ni un rasguño.

Los *onces* se retiraron, sacaron las cámaras con discreción y, tumbados sobre la banqueta, cubriéndose detrás de una jardinera, empezaron a tomar fotografías. Yo hice lo mismo. Luego nos acercamos a la patrulla, nos recostamos contra las llantas e hicimos otros tiros.

—Hay que ser muy respetuosos. Debemos entender que la familia está sufriendo —me decía Armando mientras sonaba el obturador de su cámara.

Minutos después, uno de los fotógrafos le preguntó a un policía:

—Oiga, jefe, ¿y la ambulancia?

—Pues ya la pidieron, pero ya los conoces, siempre se hacen weyes —respondió el uniformado mientras cruzaba sus brazos.

—¿Quiénes son más irrespetuosos? ¿Nosotros o los paramédicos? —me preguntó Armando—. El cuerpo puede estar ahí todo el día. Eso no es justo para la familia.

Regresamos a las motos y dejamos la escena sin prisa. Armando hablaba, pero no recuerdo sus palabras. Yo sólo pensaba en que esa familia no tendría cena de fin de año. ¿Qué le habrán dicho sus hijos cuando se despidieron? ¿Cuáles habrán sido las últimas palabras que escuchó de



su esposo? ¿Cuánto tiempo cabe en un segundo? ¿Amó aquella vez como si fuese la última?

Sentía débiles los brazos, aferrados con todas mis fuerzas a la motocicleta. De pronto, no sé por qué, regresó a mi cabeza el cuerpo que encontré cuando tenía ocho años. Ya no era un hombre, sino un bulto.

Entonces llegamos a la Fiscalía. Los *onces* estacionaron las motos, se quitaron los cascos y los colocaron sobre el anaquel. Algunos dejaron caer sus pesados cuerpos sobre el sillón gris; otros se sirvieron café en pequeños vasos de unicel para beberlo mientras aguardaban a que, en su grupo de WhatsApp, les avisaran que en algún punto de la ciudad había otra historia roja por retratar.

Mientras me reponía del trayecto, recordé que Tomás Eloy Martínez escribió que “las almas también aspiran a que alguien las escriba. Quieren ser tatuadas en las rocas de la eternidad. Un alma que no ha sido escrita es como si jamás hubiera existido”. Tal vez por eso me seduce la nota roja. 

Andrea Martínez (Nezahualcóyotl, 1990). Estudió Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha colaborado en el suplemento *Confabulario* y en las revistas *Km Cero* y *Cultura Urbana*. En 2024 recibió el Premio Nacional de Periodismo.



Bitácora de un pescador

Fernando Hernández Alcalá

*danos a cada hombre,
a cada
mujer y a cada niño
un pez grande o pequeño
cada día*
Pablo Neruda

32

1
Sentado en una piedra de litoral
comenzaron a llamarme los colores
El mar es tan tigre

2
Sueña el mineral
con ser chapuzón
y cadencia

3
Fluye sobre tu dorso
escamado el amarillo
Pasa breve la estela
ante mis ojos

4
Pez, correveidile, tráeme el mar
guárdalo bajo tu aleta

Color

5

Para llegar al azul primero
debo cortar el aire
latigazo fssss
Armo la muy vieja caña
sumerjo la onda
silba el anzuelo
¡plap!

6

Desgajé
el mar Lo tengo
sí
sobre la mesa *¡TUMP!*

7

Aparto la espuma de tu cuerpo
¡Qué pez tan pez! Se ha fugado
la lontananza

8

Con su última mueca sopló
una burbuja
plop

9

Como aquel que toma la moneda más brillante
y quiere el águila
y toma enseguida el lápiz
y hace dos de lo que fue sólo
pensado para ser
uno

con el escamudo
así haré yo

33

Punto de partida

10

¡Construyan un acuario
del tamaño del mundo o la página
para dar bienvenida
a mi pez!

Como éste no hubo
en las pinturas rupestres

(hasta ahora)

11

En un sudario tenemos
a Jesús crucificado
una tela puede contener a un Dios
¿por qué no un papel a un
pez?

12

Tomé del sol sus tintas
de la sal la textura
el peso y la gravedad de mis manos

empapé a Dios para poder verlo

hice que goteara el espejo
tinta sobre el papel



Fernando Hernández Alcalá (Estado de México, 2002). Poeta. Estudió Escritura Creativa y Literatura en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Actualmente es becario de la Fundación para las Letras Mexicanas (2025-2026) en el área de poesía.



▲ Aura Marun, *Entidades*

Díptico en ausencia de color

Victoria Marín Fallas

Abinadí Martínez

36

I

Llenarse la boca de blanco. Hacerlo escudriñando las entrañas del ahorcado o, quizá, en invocación del juego. Curiosa polisemia. Es factible decir, por ejemplo, "fui blanca desde la concepción, espacio vacío íntimamente ligado al corazón de mi madre por el cordón umbilical". También, se podría decir, emulando a London: "soy silencio blanco, 'claro y frío bajo cielos de acero'", blanco del reflejo y los golpes del invierno duro, golpes capaces de abrir una boca en el pecho, allí donde toca las puertas el luto, una boca blanca, furtiva, incapaz de probar comida alguna, porque ella sola es el vacío que supura sufrir calladamente, el ser en ausencia de color que se basta y se colma en aislamiento.

II

A veces, sin darnos cuenta,
la vida transcurre en espera de presagios,
que implican siempre acontecimientos funestos.
Entonces, aquella boca ocupa el centro,
el lugar del corazón,
el cual no se vuelve ni piedra ni sal,
sino puro deseo estampado en el vacío.
En este caso, es lo mismo decir amor subyugado
por la anulación de una distancia,
que supresión de la voz, paraíso perdido,
extinción de la inocencia o dejarse escapar
en el sombrío firmamento de uno mismo,
aciaga carencia, en la transgresión del otro
y de sus límites.

Victoria Marín Fallas (San José, Costa Rica, 1991). Es poeta, narradora y ensayista. Dirige la revista virtual *Quimera* y la editorial *Ave Nocturna*. Es autora de *La Edad de Hierro* (2022). Obtuvo la Primera Mención Honorífica en el Certamen Literario Brunca 2024. Fue finalista del XV Premio de Relatos para Jóvenes de la Universidad Camilo José Cela en España.



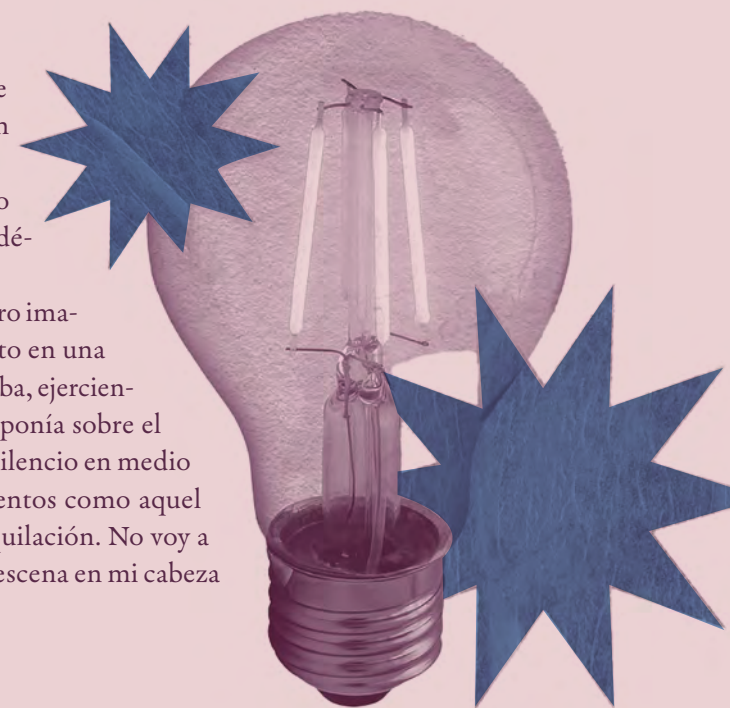
Autorretrato en amarillo sobre fondo negro

Armando Gutiérrez Victoria

El acuerdo era sencillo. En realidad, era suficiente con ver la luz amarillenta, a través de aquella traslúcida cortina del tercer piso, para saber que Sebastián estaba acompañado. Así había sido desde que comenzamos a vivir juntos en aquel reducido departamento de avenida Universidad. No era, para nada, un arreglo injusto, porque es verdad que yo también podía disfrutar de sus beneficios cuando así lo quisiera y, sin embargo, después de algunos años, pocas habían sido las ocasiones en que efectivamente había sucedido.

En cambio, Sebastián era esa clase de hombre extrovertido que sin tantas dificultades sabía cómo relacionarse con la gente, una especie de objeto flotante que podía vencer la resistencia de quienes, como yo, preferimos simplemente vagar en la superficie. Pero lo cierto es que aquella había sido una tarde difícil, tan cansada que lo que menos deseaba era estar sentado en esta fría banca del parque, a mitad de la noche, fumando una vez más un cigarrillo que tantas veces intenté dejar, mirando la débil luz amarilla escapar por la ventana.

Era imposible saberlo con exactitud, pero imagino que Sebastián estaría en ese momento en una especie de trance sexual que tanto me gustaba, ejerciendo el secreto control que su desnudez imponía sobre el cuerpo de los otros, guiando su mano en silencio en medio de uno o dos impulsos tanto o más violentos como aquel otro que siempre lo empujó a la autoaniquilación. No voy a mentir, porque la fugaz aparición de esta escena en mi cabeza



fue, por un instante, breve placer o consuelo que supe agradecer aun llevando auestas este cerebro enfermo, obstinado en hacerme olvidar todo aquello que alguna vez me hizo feliz.

Esa misma mañana todo era distinto. Y es que tuve por un momento la absurda certeza de que finalmente se acabaría la mala racha o como sea que hoy se nombre al fracaso de tener treinta años, sin ningún plan de vida, sin un trabajo estable, sólo sostenido ante la imposibilidad de la muerte egoísta, porque seríamos un vacío irremplazable que no haría más que joder la vida de aquellos que nos aman. Y ahí estaba yo, con mi octava entrevista de trabajo en seis meses, apurado por llegar a tiempo y Sebastián tirado en su cama, rendido seguramente por una fiesta que se prolongó más de lo debido.

Ambos nos conocimos en el departamento de una amiga, en una de esas tantas reuniones comunes en aquellos años de Facultad. Salí un rato a fumar al estacionamiento y ahí estaba él, como esperando algo o a alguien que nunca alcanzó a llegar. Me adoptó al instante, movido no sé por qué extraño sentido de camaradería o de ternura o quizá también por un soterrado deseo que sólo externaba cuando así lo creía propicio. Yo no supe resistirme o no quise, hartado de la impasividad que adquiriría mi vida, aburrido de mí mismo y del sinsentido que apenas y alcanzaba a entrever en aquel entonces.

Hacía ya bastante que había dado por concluido mi intento de terminar la tesis. Me apena decirlo, pero llegué a un punto en que acabé tan enredado con los procedimientos, la metodología y las referencias críticas que no sabía bien hacia dónde me dirigía. Y si bien esto era hasta cierto punto una frustración en extremo personal, la verdad es que necesitaba con urgencia un trabajo, una cama, un amigo o tan sólo un jirón de carne al cual aferrarme con desesperación.

Sebastián y el departamento vinieron, entonces, a rescatarme de la forma más improbable que conozco, mientras yo me hundía más y más en la autoconmiseración, las deudas, las solicitudes de empleo y la incertidumbre de no saber bien qué sería de uno si un día simplemente desapareciera. Tampoco he de negar que aquel hombre me bastaba, en algunas ocasiones, para olvidar todos estos problemas. Lo importante, sin embargo, es que había pasado ya una hora, los cigarros se me terminaban y esa luz seguía sin apagarse. Y yo, sentado en este parque.

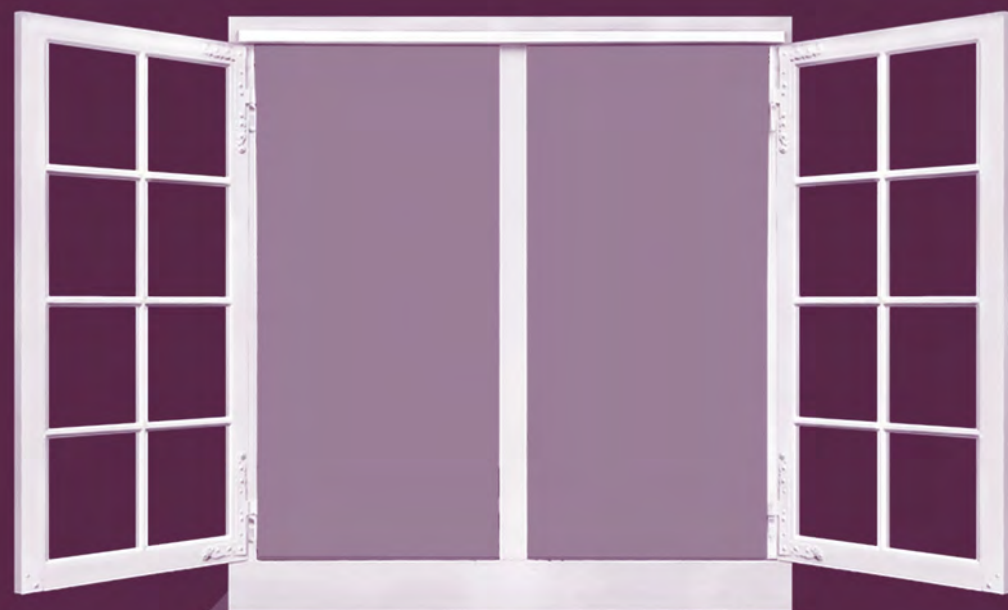
Aquella primera noche en que nos conocimos también nos quedamos solos, de madrugada, hasta tarde ya vueltos amigos o amantes o lo que sea. Nuestra anfitriona se había ido a dormir y no sé por qué todas las luces de aquel lugar estaban apagadas. Estaba rendido, como hoy, pero seguía con la atención puesta en sus palabras. Tirados ambos en el sillón, susurramos algunas cosas que ya no recuerdo. Sebastián no lo

sabía, cómo habría podido hacerlo o quizá sí lo supo y por eso mismo no se apartó ya de mí, pero estaba convencido esa misma noche de embriagarme por última vez con mis amigos antes de rendirme y perderme en la más completa oscuridad o donde sea que eso me llevara; fue él la principal causa de que no sucediera de ese modo.

Obsesionado como estaba en aquel entonces —y como realmente sigo— por encontrar un empleo que me dejara por una vez en la vida despreocuparme del dinero, poco me enteré, es verdad, de aquello que más preocupaba a Sebastián: una improbable carrera como modelo, sus amantes ocasionales, la promesa de escribir una novela sobre ser un hombre homosexual de clase media, joven y artista, en la Ciudad de México de principios de la década de los dos mil. Proyectos sin concretar, encuentros con hombres preocupados por saciar sus ganas de tenerlo un instante bajo su control y luego no saber ya nada de él. No había ahí ninguna cosa extraña sino tal vez sólo el presentimiento de que en lo profundo ambos estábamos en situaciones muy semejantes, perdidos en la nada, sin un interés verdadero sobre algo, atados a los placeres fugaces, sin una dirección y, quizá más importante, sin ganas ya de encontrar una.

Comienzo a desesperarme y esa luz amarilla sigue encendida. Me termino el último de los cigarrillos y lo aplasto suavemente con el zapato en medio del frío silencio de este punto exacto del mundo. No sé por qué pero, de improviso y movido por un impulso paranoico, imagino un escenario violento en aquel tercer piso, un amante que se ha excedido en su trato, en su éxtasis, en ese impulso atroz por ver sufrir la carne y el rostro de quien nos acompaña en la cama. Sebastián, asfixiado, herido, sin poder hablar o pedir auxilio, con la mente todavía nublada por lo que sea que haya consumido esa misma noche. Me apresuro, entonces, a subir aquellas escaleras, dispuesto a no sé qué acto de heroísmo, sin certeza de qué hacer o cómo hacerlo. Llego a la puerta del departamento y me detengo, pienso apenas en lo absurdo de mi miedo, sin motivos, apenas una idea intrusiva que fue lo suficientemente horrenda para tomar el control de mis pies.

Estoy de frente y lo único que se me ocurre es colocar con suavidad una de mis orejas sobre la madera, en espera de cualquier sonido que me convenza de dar la media vuelta y permitirle a mi amigo unas horas de genuina felicidad. No escucho nada salvo el leve ronroneo del refrigerador. Quizá sea ya tarde o tal vez se encuentre en ese sueño pleno que a todos nos alcanza luego del orgasmo. No estoy seguro. No sé qué hacer, pero en definitiva volver a la calle no es una opción. Finalmente, tomo la decisión de escabullirme en silencio hacia mi cuarto sin hacer notar mi presencia. Sujeto la llave, la hago girar y abro con lentitud.



Estoy dentro, cierro y no hay nadie en la sala-comedor-cocina-estudio que nos une como único lugar de encuentro improbable, pero la lámpara está encendida, vaciando su luz por la ventana. Todo permanece quieto y hasta por un instante tengo el impulso de contener yo la respiración. Me asomo, su puerta está abierta y todo sigue exactamente igual, tal como lo dejé por la mañana. Él, rendido en su cama, ya nunca sabrá nada ni de mi horrible entrevista, ni de mis ganas de mandar todo a la chingada, ni de cómo lo esperé en el parque y me acabé todos los cigarrillos maldiciendo su tardanza. Pero ya no importa, me digo. Regreso a la habitación principal, apago la lámpara que da a la ventana y me siento, con gentileza, como si realmente durmiera, a su lado, en la oscuridad, en su secreta compañía, dilatando lo más que puedo la urgencia de seguirlo.

Tlalpan, abril de 2026. ①

Armando Gutiérrez Victoria (Ciudad de México, 1995). Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Autor de *Week-end en Zipolite y otros poemas póstumos* (2023), *Trece respuestas para un radio* (2024) y *Turistas prismáticos de una ciudad sin palacios* (2025). Ha publicado en *Nexos*, *La Palabra* y *el Hombre*, *La Colmena*, *Tintero Blanco*, *Marabunta* y *Armas y Letras*. Director de *Irradiación. Revista de Literatura y Cultura*.

Yeso

Melissa Andrea Paredes Requena

Cuando vivía en Tultepec, a los 4 o 5 años,
le pedía permiso a mi mamá para ir a
la zona baldía de atrás del fraccionamiento.

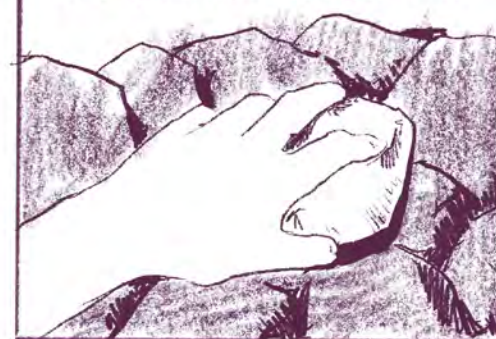


Iba a buscar piedras



Para dibujar en el piso

Los ladrillos, color rojo,
mis favoritas: las blancas.



Cuando encontraba una,
regresaba a mi calle
a dibujar en el asfalto,



no recuerdo qué.

Pero se desgastaban
rápido.



Así que regresaba por más
piedras: rojas o blancas.



Equimosis

Marisol Ramírez Cruz

He hilado
de mi boca a la suya
el mismo dolor

y todavía lo siento en el anverso de mi cuerpo
allá, donde los nervios se contraen
en el centro de la médula—
culpa del flujo sanguíneo
de la pérdida

[en aquel lugar
la sangre es más oscura,
más densa]

encuentro el matiz,
me refugio en sus tonos
y me hago un espacio
entre el color del sufrimiento

[habría que decirlo:
siempre he sabido
encontrarme mejor
entre las sombras]

y es mi cuerpo el espectro,
tan sólo un murmullo del tiempo—
lo siento en el influjo alveolar
en los pliegues granates de mi piel
en el desgaste de mis ojos cárdenos

[todo es proporcional al alma
a lo incrédulo de la visión
y a la continuidad del sueño]

¿qué habría que hacer sino unirme a su gama?
me recuesto en el añil de sus huesos
y se mezclan sus tonos
con mi piel púrpura-de-tiro

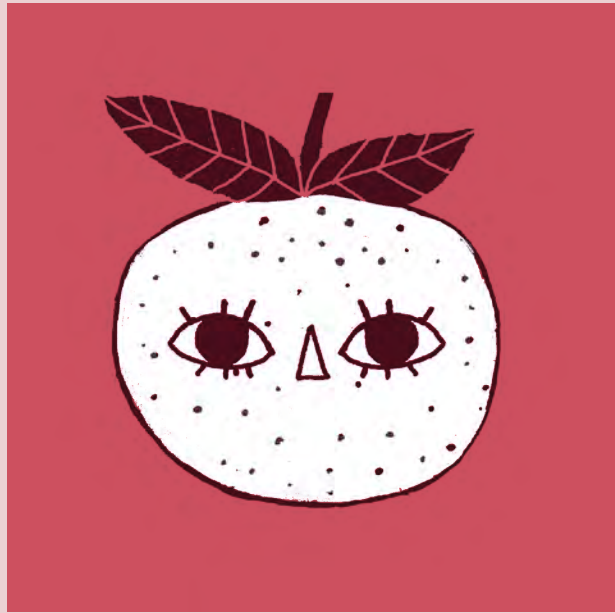
[un vacío existencial
un consumo infinito
en el vórtice de los sentidos]

si antes sufría ceguera
ahora puedo verlo todo

y de entre todo,
aprendo a dialogar
con mis silencios

y digo
que el dolor y yo
somos uno solo.

Marisol Ramírez Cruz (Puebla, 2000). Es poeta, ensayista y traductora. Licenciada en Lingüística y Literatura Hispánica por la BUAP, donde cursa la maestría en Ciencias del Lenguaje. Ha publicado en *Círculo de Poesía*, *Aullido*, *Revista Montaje*, entre otros. Mención Honorífica por la Universidad George Mason para la revista *Hispanic Culture Review*. Ganadora del I Premio Nacional de Literatura Joven SOPHIA-FILCO en Poesía.



Salto de fe

Gael Montiel Hernández

Un rayo atomizador
en el brillo tecnicolor de la televisión.
Árboles japoneses de una foto mal impresa.
Un color que cayó del cielo.
Sangre derramada por una ciruela en las manos.
Las nubes por cinco minutos en el atardecer mazatleco.
Una ciudad italiana llena de cadáveres deslavados.
Morado puro,
casi rosa,
casi algo.

Imposible negar que están aquí,
pero comparten el color de lo engañoso:
necesaria mezcla
para reconciliar dos puntos del espectro visible que no se tocan:
una mentira para darle sentido al mundo.

Sonríe:
una nebulosa magenta
fotografiada desde la tierra
es la doble mentira
de un paisaje que ya fue
pintada de un color ciego.

Habrá que habitar el mundo
con la conciencia
de estar resolviendo un misterio
al cavar en el centro de la peonía.

Confiar
en que los cartuchos de tinta saben algo más,
en que el horizonte siempre está cansado,
en que lo básico aún encierra misterio,
en que si pisas una bugambilia,
en la suela de tu zapato
estará la verdad.

Gael Montiel Hernández (Tultitlán, 1991). Ha publicado en *Reforma*, *Gatopardo*, *Tierra Adentro*. Es parte de las antologías *Paisajes del Aislamiento* (2021), *Pandemics* (2021) y la del primer Diplomado de Escritura Creativa de la UNAM (2022). Ganó el VI Concurso Nacional de Poesía Rubén Bonifaz Nuño (2024).

La isla esmeralda

Daniela Rico Straffon

1. En Dublín

Pensaba en los colores. El verde intenso de los paisajes indómitos, las nubes grises en los cielos abiertos. Me bajé del avión y me entregaron un folleto. Una oveja contenta al pie de un monte tupido. Subí al bus que me llevaría al centro con mi maleta pegada al cuerpo. Una chica me sonrió e intercambiamos miradas todo el camino, pero nunca di el siguiente paso. Creo que estaba apabullada por la novedad. El bus era lindo, con internet y colores brillantes: naranja y amarillo, en consonancia con los edificios de ladrillo azafranado que miré por la ventana. Iba viendo el mapa en el teléfono, monitoreando el puntito azul de mi localización para saber dónde bajar. Al final me salí antes de tiempo. Mi impaciencia me permitió caminar un poco más entre aquel aire nuevo, relamiéndome el gusto de mi inédita libertad.

Entré al hostel donde intercambié unos escasos cinco euros por una noche de refugio y acomodé mis cosas en una jaula de metal. Estuve un día vagando por la plaza, conociendo la ciudad por la antigüedad de sus piedras. Castillos rocosos convivían con edificios metálicos. Dos tipos de frialdad y transformación de la naturaleza. Una misma historia de poderío viril. Me topé de frente con la estatua de Oscar Wilde, admiré su actitud distendida y su sonrisa a medias, la textura de su saco verde de jade y su camisa roja de tulita, desafiando la tiranía de la roca con aquel monumento al arte, la ironía y la delicadeza.

Encontré gangas hermosas. Tiendas de ropa con descuento para estudiantes, un subsidio que nunca más conocí. Hice lo que quise con mi tiempo y aunque intercambié algunas palabras con desconocidos, pude medirme feliz la indumentaria de mi estrenada independencia. Era la primera vez que viajaba completamente sola. Me sentí segura. Ni siquiera los borrachos que rondaban en las banquetas por ahí de las cuatro de la tarde turbaron mi rumiar curioso.

En ese entonces no me sobraba el dinero ni sabía muy bien cómo administrarlo. Vivía bajo la idea de gastar lo menos posible para no



sorprenderme con la cuenta vacía antes de fin de mes. Unos meses antes había dejado mi país para lanzarme a hacer un intercambio en Francia. Tenía veintidós años y el mundo se sentía gigantesco, un poco aterrador, pero sobre todo emocionante. En el hostel tomé una hojita con un cupón para comer. Era un restaurante brasileño. No investigué si había delicias locales por probar, porque por cinco euros preferí llenarme la panza en un lugar latino. Caminé. El tiempo se sentía flexible. Comí delicioso y regresé por las banquetas anchas.

Antes del anochecer me dieron ganas de rodearme de gente. Era el verano del 2014 y todos mirábamos el Mundial. Decidí ir a un bar por-



▲ Fotografía: Svein-Magne Tuni, CC BY-SA 4.0

que había partido de México y sabía que en medio de paisanos sería fácil hacer amigos. En todo caso, mezclada entre la fiebre de la derrota o la celebración, podría integrarme a la fiesta de esa ciudad desconocida.

De nuevo, todo empezó por una mirada. Sonrisas y un reconocernos como iguales. Fernanda me invitó a su grupo: una mexicana con dos amigos alemanes. Tenían su sistema para divertirse juntos, tomaban turnos para invitarse rondas entre sí. Me integraron y poco a poco se fue formando un círculo ecléctico en torno a nosotras. Recuerdo a un hombre local, bastante mayor que yo, disfrutando de la tarde con

cervezas bajo el brazo. Me observaba divertirme y después de un rato se unió al festejo. Entre sonrisas genuinas me habló de Wicklow, un parque nacional, y me pidió con insistencia que no dejara de visitarlo.

Salimos del bar con varias cervezas encima y uno de los chicos me tomó del brazo para caminar juntos. En la alegría de la noche, cantamos codo a codo por las calles de Dublín. Saludamos a teporochos transatlánticos y terminamos por entrar a un pequeño *pub* de ensueño, una casa de duendes donde tocaban música tradicional en vivo. No sé cómo mi cuerpo escuálido soportó tantas Guinness, si fue mi entusiasmo o las horas que pasaron. Pero bebí ese néctar oscuro toda la noche. Bailamos, admiré el espectáculo descomunal y sobre todo reí compartiendo mi arrebató con desconocidos.

Cuando salimos del *pub*, yo estaba bastante ebria. Caminamos juntos hasta mi hostel, todavía con la felicidad sobrada por lo que había sucedido. Y al llegar a la puerta, pienso que a él los segundos le parecieron eternos. No lo invité a pasar. Entré al lugar casi a tientas y me quedé dormida con la pesadez complacida de quien hace lo que se le da la gana. Desperté después de unas horas y miré mis manos con un ligero temor de haber perdido mis pertenencias. Nada. Me levanté entera.

Cuando estuve lista, salí en busca de aquel lugar que no me permití olvidar. Un recorrido en van al parque nacional que me había recomendado el hombre sonriente. Ahora pienso que me concedió un don. Yo no le di nada y en cambio él me regaló el paisaje de su país. Tranquila, miré el trayecto entero por la ventana y reconocí en la radio las canciones que habíamos bailado la noche anterior. Cuando dejamos la zona urbana supe que había llegado por fin a Irlanda. Una oveja contenta se asomaba entre el verdor del potente cerro frondoso.

2. Wicklow

Mientras avanza el camión, un señor irlandés de unos cincuenta años ameniza el trayecto con historias. Hace bromas, nos promete llevarnos a comer *scones* deliciosos y nos habla de las películas que se grabaron en el parque nacional: *Corazón valiente*, *Barry Lyndon*, *Excalibur*...

Somos un grupo de unos veinte turistas, casi todas mujeres: locales, asiáticas, anglosajonas. Alguna que otra pareja. Y sólo dos mujeres jóvenes: una chica que vino a Wicklow desde Los Ángeles y yo, una mexicana que llegó por recomendación de un señor en un *pub* del centro.

Mientras como mi *scone*, miro las mesas de los demás llenarse de conversaciones e intercambios de miradas y me hace falta la compañía. Cuando el señor del *tour* me ve solita — noto que le preocupa que la pase bien — intenta que la otra chica joven y yo conversemos. Hablamos un

poco, intercambiamos sonrisas. Me cuenta de *P.S. I love you*, dice que es su película favorita y que vino a Irlanda para visitar el puente donde Hilary Swank y Gerard Butler se dan un beso. Yo pienso que vine a ver borreguitos saltando por la montaña. Y también que en realidad no vine por ninguna razón en específico.

Bajamos del camión en la entrada al parque nacional. Las parejas y subgrupos comienzan a organizarse. La chica del puente toma su camino y yo me voy feliz a andar por el bosque. Tenemos una hora para mero-dear, hacer pícnic, caminar rápido, visitar todo o nada. Somos libres. Entonces comienzo a caminar sin ver el mapa en la misma dirección que unas señoras asiáticas de mi *tour*. Me voy perdiendo en el bosque y me maravillo de tanta clorofila. Es Irlanda, pero no llueve. Camino y camino sin programa. Dejo de ver a las señoras. Creo que se sentaron en el pasto en algún punto.

No sé ni qué pienso cuando veo el reloj de mi teléfono y me doy cuenta de que no me queda mucho tiempo y sí mucho camino de regreso. Hago los cálculos y entiendo que no voy a llegar a la hora acordada. Busco como loca el teléfono del guía y le mando dos mensajes. MIL DISCULPAS, VOY EN CAMINO. Y unos minutos después: YA CASI LLEGO, POR FAVOR, NO SE VAYAN SIN MÍ. En un momento, corro. El señor no me responde. Me apuro en medio del mismo paisaje natural que me acogió con tanta calma unos cuarenta minutos antes. Corro pensando lo peor. Por un segundo, me reprocho mi visión des-preocupada de la vida.

Cuando llego, el señor guía me tira una sonrisa y me da la bienvenida al camión. Todos los demás turistas están sentados, con los cinturones abrochados, listos para irse. El señor toma el micrófono y dice:

—Llegó nuestra amiga. ¡Ahora vámonos!

Más tarde me confía que siempre esperan un máximo de treinta minutos antes de partir. Y que casi siempre son los mexicanos o latinos los que llegan tarde. Qué noticia. Los ingleses, en cambio, están listos para irse con quince minutos de anticipación. Pero qué es eso de esperar quince minutos en la fila cuando el olor del lago y la ilusión de estar en un set de grabación natural nos retienen. Cómo intercambiar la certeza del regreso por la sed desesperada de caminar entre los árboles. Con las ganas de correr con adrenalina en la sangre. Por el placer de no saber qué hacer.

3. Sin planes

Cuando llego al hostel la primera noche, un tipo hace una encuesta sobre turismo en Irlanda, y yo, como soy amable con todo el mundo, acepto darle unos minutos para responder sus preguntas. Me dice: *Dime tres*



▲ Fotografía: Danny Osborne, CC BY-SA 2.0

cosas que viniste a hacer a Irlanda. Menciona tres ideas preconcebidas que tuvieras del país. Mi mente está en blanco. Aunque conozco gente de Irlanda y seguramente he visto el país en la tele y en los libros, no consigo decirle ni una sola idea que responda a la pregunta ¿qué te trajo aquí? El tipo insiste y empieza a enojarse conmigo. Yo empiezo también a enojarme con él, porque no puede aceptar un vacío como respuesta.

Vine a sorprenderme. Vine porque era el destino más barato en la aerolínea lowcost. Vine porque, ya que estoy en este continente, por qué no. Vine sola y sin planear porque nunca me han gustado los planes. No tengo que esperar a nadie ni ser arreada por más personas. No le digo nada de esto. En un punto, sólo me levanto de la sala y me voy.

Mi última noche en Dublín la paso con un grupo que conocí caminando por Trinity College. Vamos a uno de los *pubs* más famosos de la ciudad, The Temple Bar, y caminamos despreocupados por las calles. Admiramos las flores de colores en los faros, el calor veraniego en nuestras pieles. Tomamos Jameson con agua tónica. Comemos papas y botanitas al lado del río. Hablamos con gente local que se relaja en la noche estival. Mientras río, platico, hago preguntas y hablo de mí, recuerdo a la mujer que me dijo que viajar sola a Irlanda sería una buena idea. Después de estos días, siento que habito un poco más mi propia piel.



▲ Fotografía: Joe King, CC BY-SA 3.0

56

Cuando volvemos al hostel, un grupo de chicas celebra una despedida de soltera. Pero para mí se siente más como una bienvenida. En este punto llevo unos dos años con mi novio de la universidad. El amor me ha hecho explorar mi independencia, aunque siempre acompañada. Ahora él está muy lejos, en un huso horario distinto, y realmente no podemos compartir la vida como antes. En Dublín se consolida ese tiempo completamente propio que acabo de descubrir. 

Daniela Rico Straffon (Ciudad de México, 1990). Escribió y editó *Las raíces del despojo*, (2019, Distinción CANIEM al Mejor libro infantil y juvenil, 2022). Es parte de *La traducción en varias manos. Antología del Seminario de poesía y traducción* (2021). En 2022 asistió a la residencia de escritura Under The Volcano, y en 2023 participó en el 7° Encuentro Nacional de Poetas Jóvenes, en Morelia. Ha publicado en *El Universal* y *Revista Casa del Tiempo*.

UV

Jorge A. Mejía Rivero

Hay tanta luz, tanta
luz que no podemos ver y que se encuentra
al alcance de la mano. Porque dos ojos
no son suficientes, ni tampoco tres
colores captados por tres conos
para mirar el mundo. Saber, saber únicamente
que la zanahoria y la mariposa y el zanate
y muchos infinitos
rayos de sol están cubiertos
de un mismo tono invisible,
atterra. Aunque lo bebo y como
como el agua cruda y el más humilde arroz,
aunque escucho que afina el aire
erizado, aunque me muerde la piel y arranca,
aunque me está
quemando y quemando diariamente,
no lo veo. *Ultravioleta*: dolorosa
flor superlativa: elíptica, exquisita y sumamente breve
uva. Su nombre es más de nombre
que certeza y, sin embargo, existe y está vivo
en los ojos del halcón y de la hormiga,
en los reflejos de coral, en las flores y en el amor
hostil de dos hostiles alacranes. Y porque hay tantas,
tantas pruebas luminosas,
que ya sólo me queda la firmeza de la fe
en él, y ahora creo
que la vista es otra forma de ceguera.

Jorge A. Mejía Rivero (Ciudad de México, 2001). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Ha publicado poemas y traducciones en medios digitales. Es parte de la antología *Etc. Poesía joven en la Ciudad de México* (2024). En 2022 obtuvo el segundo lugar del Premio Nacional al Estudiante Universitario José Emilio Pacheco en Poesía.

57

Punto de partida

Arbitrario

Tamara Andrea Salamonovitz Rivadeo

Sería ficticio imponer
un término:
la experiencia es infinita.

Verde sobre verde
movimiento.

No es parco el árbol:
está vivo
en llamas
permite
corrientes invisibles
oscuridad.

Miríadas
cánticos
supernova

tra, tra, tra
curúúúúúúúúúúúú
chas, poc, pí.

Levanto el telón:
negro sobre verde.

El color no es intrínseco a las cosas:
lo inventan nuestros ojos.

¿Qué es el verde
sin la palabra
verde?

Mi pecho
calma tibia
tenue.

Soy mamífera
lengüeteo
trocitos de
viento.

lejos
Melodía eólica

amenaza con
a las aves
tragarnos
a los gatos.

Resistimos
sin oponernos a nada.

¿Qué significa
existir
sentir el cuerpo
el árbol
las aves?

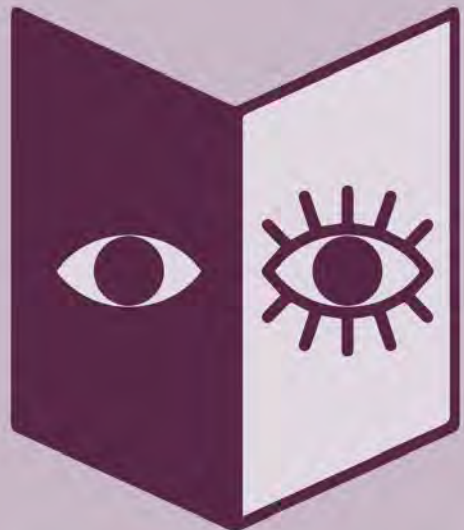
Dejarse asombrar
y cómo colorea
las cosas.

Al final
pedazo azul
esponja blanca.

Al final
siempre inventamos
el final.

ronronea
naranja
marrón
mansa
la máquina urbana
sino
por el sol

Tamara Andrea Salamonovitz Rivadeo (Ciudad de México, 1992). Poeta, escritora y artista escénica. Es autora de *Pantera de arena* (2025) y ha publicado en *Nexos*. Escribió y codirigió la obra *Azul Melódico Solar* (2014) y ha participado en montajes como *Zona de Avistamiento* (2014) y *La mujer niña no despierta* (2018). Codirigió y actuó en la película *Nuestro viaje a la India* (2021).



475+
UNIVERSIDAD
MÉXICO 1929
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FILUNI

VIII FERIA INTERNACIONAL DEL
LIBRO DE LAS UNIVERSITARIAS
Y LOS UNIVERSITARIOS



VNIVERSITAT
ID VALÈNCIA

INVITADA DE HONOR

25-30 de agosto - 2026

Centro de Exposiciones y Congresos UNAM
Av. del IMAN 10, Ciudad Universitaria,
Ciudad de México

filuni.unam.mx    @librosunam

Entrada libre

Estudio abierto

62

*Parcela salvaje:
conversación con
Chavis Mármol*
Luisa M. Zárate

Reseñas

67

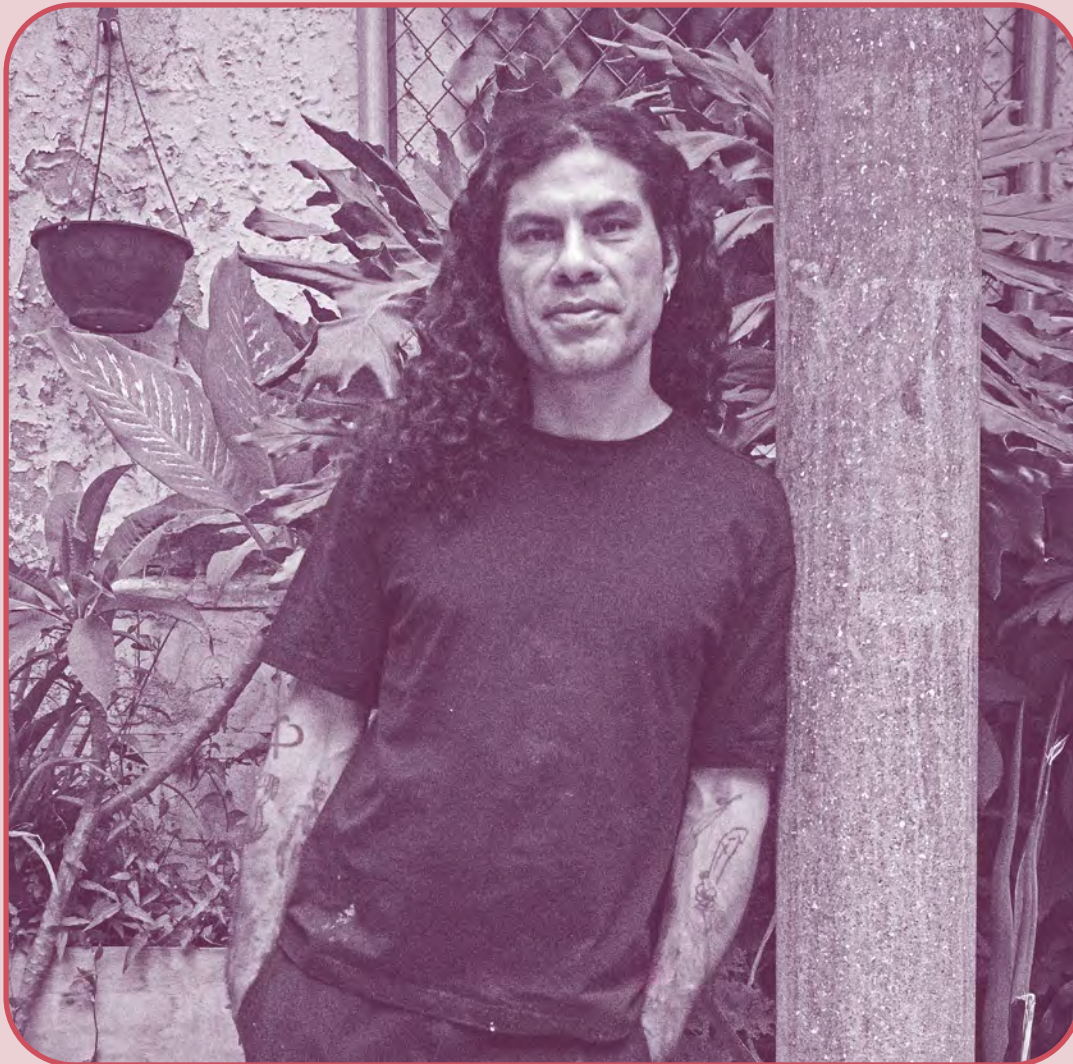
*Nombrar el
espacio en blanco*
Evaluna Pereyra

70

*La gramática de la
inadaptación*
Giselle Meza

Parcela salvaje: conversación con Chavis Mármol

Texto y fotografías de Luisa M. Zárate



Es un día de caos y calor cuando Chavis Mármol me abre la puerta de su taller, una antigua casa porfiriana en la San Rafael que esconde en su patio central una parcela de espinas, dientes, garras, colmillos, gatos, flores y dulces. Las paredes de la casa están peladas como piel de reptil, dejan ver, uno sobre otro, cambios de humor y de época; un verde rancio asomando bajo azules pálidos, chispas de amarillo, islas rosas, sombras grises y bordes *beiges*. Ese fondo, entre lo opaco y lo chillante, es también la antesala perfecta para pensar el color en el trabajo de Chavis.

El taller huele a plástico, hierro, metal, mercado y merengue. El primer sonido es el crujido de unos chochitos de colores contra la mesa. Empiezo a conversar con Chavis Mármol y él me responde con las manos, mientras hunde los dedos en montones de azúcar; va sacudiendo, golpeando la mesa y pegando los chochitos por toda una superficie para quitarle lo blanco a los tres lienzos que tiene al frente. “La obra se llama *Sorry, yo hablo color*”, me dice. La imagen abstracta de colores que se dibuja sobre los lienzos son los mercados vistos desde arriba, una exaltación a las lonas, al acomodo sin acomodo y a la arquitectura del intercambio. Una obra que intenta recordar y celebrar que México sigue siendo barroco, ruidoso y chillón, sin importar que la estética global se incline por los *beiges* y blancos aburridos.

Estas piezas son parte de una serie que comenzó hace tiempo y que ahora está retomando. Me cuenta que creció en la funeraria de su familia y que, en la adolescencia, trabajó ahí entre ataúdes, limpiando en el Semefo y conviviendo con los cuerpos, “algo bastante gore”, dice. Después de la muerte de su abuela se fue a estudiar al Instituto de Artes de Mineral del Monte. Ahí comenzó a encontrar otra forma de estar en el mundo a través del color. Narra que en algún punto empezó a introducir todo lo que tiene que ver con dulces y azúcar en su obra, piensa que quizá fue inconscientemente para contrarrestar la etapa de la funeraria. Más tarde, cuando se muda a la Ciudad de México y su trabajo se vuelve cada vez más escultórico, se acerca a materiales crudos que lo regresan orgánicamente a los tonos oscuros y ahí comienza a entender que eso también es él, y se vuelve evidente con el tiempo que esos tonos opacos lo habitan.

Mientras Chavis trata de continuar respondiendo a mis preguntas, lo veo volver una y otra vez a sus manos y al contacto con los dulces: los aplana, los mira desde arriba, vuelve a vaciar otro vaso de chochitos rosa fluorescente, luego uno de amarillos; y lo veo una y otra vez mirarse las manos, como si ahí tuviera las respuestas a mis preguntas. Intento llevar la conversación hacia su proceso, aunque le digo que reconozco que, en ocasiones, explicar cómo se hace una obra es describir una zona de opacidad, un lugar que a veces se resiste al mandato

contemporáneo de transparencia y autoexplicación. Chavis concuerda, ve esa necesidad de volver todo legible como una herencia del arte conceptual, un estándar occidental que le pide al artista convertir cada gesto en discurso. Me dice que en su taller intenta lo contrario, desobedecer esa pedagogía, despegarse del deber del intelecto y devolverle autoridad al instinto. Le interesa convertir el cuerpo en un lugar de pensamiento y acercarse al proceso desde sitios que no sean únicamente intelectuales, darle permiso a la intuición y confiar en sus lenguajes invisibles. Propone buscar contenido para la obra fuera de lo académico, en zonas menos domesticadas, porque siente que de lo contrario el arte se vuelve rehén de una fórmula repetitiva, correcta y aburrida.

En este sentido, Chavis entiende el arte como un gesto salvaje. La explicación se remonta al momento en que nace el arte, que para él es cuando las lanzas dejan de ser pura defensa y empiezan a cargar ornamento. Cuando el filo se exagera, deja de servir sólo para sobrevivir y comienza a decir algo. En la naturaleza, plantas y animales desarrollan puntas y espinas como estrategias evolutivas; nosotros, en cambio, perdemos garras y colmillos y desplazamos esa “punta” hacia el desarrollo de procesos intelectuales. Esa sofisticación no elimina la violencia que las originó: por más que nos nombremos sociedades modernas (o posmodernas), seguimos matándonos unos a otros, seguimos siendo animales que luchan por su territorio con instintos e impulsos que corren debajo de la piel.



Chavis se declara enemigo de sobreintelectualizar los procesos creativos justo porque pierden ese lado salvaje que sostiene su conexión con la parte humana. Por eso propone lo contrario, en vez de no alejarnos de esa pulsión, hay que acercarnos lo suficiente como para poder conversar con ella y que responda, aunque sea con un maullido.

Más que construir un sistema cerrado, Chavis dice que “uno tiene que hablar con los productos culturales”. Música, cine, teatro, perreo. “¿Por qué esto sí me habla y esto otro no?”. Desde ahí hay que ser cuidadosos con no sólo buscar voces que nos simplifiquen nuestra propia narrativa, hay que buscar también lo que nos contradice: “La práctica artística no es solitaria, por más que la figura del artista encerrado en su estudio siga vendiendo bien. Al final, la obra vive o muere en la conversación, en la fiesta, en la galería, en el meme”. Desde ahí, también mira la vuelta conservadora del mundo del arte, el desgaste del lenguaje *woke*, la manera en que las instituciones fondearon durante años un tipo de pieza feminista, indigenista o disidente que muchas veces terminó volviéndose fórmula, agenda, propaganda.

Le pregunto en qué quiere insistir, qué hilo sostiene y conecta su trabajo a pesar de que su práctica se desborda en técnicas y tonos distintos. Me responde que, si hay una constante, es una práctica que tiene que ver con lo político, entendiendo lo político como estar activo en la conversación con lo que pasa ahora, más que alinearse a una práctica específica o a un partido. Para Chavis, ser político es lograr que la obra se mantenga presente y contemporánea, que pueda hablarles a sus pares y al público desde lo que nos rodea. Por eso le interesan piezas con dulces, que podrían parecer ingenuas o apolíticas, pero no lo son.

Chavis dice que después de años ahora entiende que su práctica se organiza en dos líneas que conviven: por un lado, la parte *darks*, hecha de objetos en tonos negros y grises, formas de espinas, garras, dientes, apéndices filosos que recuerdan tanto la naturaleza como la imaginería funeraria. Por el otro, la línea colorida: dulces, azúcar, ultracolor, chochitos fluorescentes que saturan la superficie hasta que el blanco desaparece. Lo importante, dice, ha sido dejar de negar una parte en nombre de la otra y permitirse que ambas existan al mismo tiempo.

Me cuenta que por años sufrió por ese carácter juguetón que lo hace saltar de una cosa a otra; dentro de un sistema que pide “marca registrada”, donde se pide a los artistas que repitan la misma imagen hasta volverse reconocibles, cambiar de tono y de técnica se lee como falta de seriedad. Él mismo dudó mucho: sentía la presión de elegir entre el negro y el azúcar, entre los colmillos y los chochitos. Ahora prefiere pensarse como un artista que trabaja en parcela de policultivo y no en monocultivo; en su campo hay temporadas de sombras y temporadas de fluorescencias,

NOMBRAR EL ESPACIO EN BLANCO

Evaluna Pereyra

La escritura sobre la esencia de los colores es una constante que se repite a lo largo de las épocas. En su libro *Bluets*, Maggie Nelson reconoce que, al menos, cada nueve años una persona intenta escribir un libro sobre el azul. Supongo que pasa de manera similar con otras familias cromáticas, como las de los verdes, los blancos o el bermellón. No es extraño encontrar la presencia de colores en el lenguaje poético; ¿cómo crear imágenes o construir atmósferas sin recurrir a una experiencia tan omniabarcante como lo son los colores para los seres humanos? Sin embargo, algunos escritores han llevado hasta el límite su exploración sensible al convertir la reflexión sobre el color en un problema estético, sensible y simbólico; ése es el caso de Han Kang con su libro *Blanco*.

Escrito en 2016 y publicado en México en 2025, bajo el sello editorial de Random House, el texto se presenta como un cuerpo de obra híbrido, cuya articulación conjuga diferentes géneros y lenguajes artísticos. Mediante la prosa poética, el lenguaje narrativo y diferentes *performances* —recuperados a partir de archivos fotográficos—, la autora crea una ficción sobre la hipotética vida de una hermana, a quien nunca llegó a conocer ya que murió el mismo día de su alumbramiento. La muerte temprana deja una cicatriz en la

Blanco

Han Kang

Traducción Sunme Yoon

Random House, 2025



esculturas de aluminio y pinturas empastadas de color, y es esa rotación la que mantiene fértil la tierra.

La metáfora agrícola le sirve para explicarse —el monocultivo es más rentable, más fácil de vender— pero seca el suelo. La parcela de policultivos, en cambio, exige paciencia, cuidado y diversidad. No produce una sola cosa a gran escala, pero a cambio ofrece una riqueza que no se puede industrializar del todo. Algo parecido le pasa a su obra, los colmillos y las garras dialogan con los dulces y las flores, el duelo con el pop, lo oscuro con lo chillón. En lugar de elegir un solo sabor para volverse “reconocible”, Chavis ha empezado a confiar en que esa mezcla —ese campo donde conviven la funeraria y el mercado— es justamente lo que le da sentido a lo que hace. 

Luisa M. Zárate (Ciudad de México, 1991). Es escritora, fotógrafa y curadora de iniciativas colectivas como Instituto Tropical y Laboratorio Editorial Tormenta. Su práctica transdisciplinaria articula documental, ficción y gesto poético para ensayar modos de habitar que desbordan lo individual hacia lo común y lo simbiótico.

historia familiar, un vacío que, con base en las palabras de Kang, nunca fue posible subsanar.

Blanco es una obra que resalta en la producción de la escritora no sólo por su carácter personal e íntimo, sino también por la manera en que el dolor es discursivizado. El relato, compuesto de forma fragmentaria a través de pequeñas composiciones poéticas, utiliza el color blanco como eje conector e indaga distintas experiencias que van desde lo cotidiano hasta lo simbólico-abstracto y que permiten hacer confluír diferentes niveles de significación. En este punto, es importante mencionar que el blanco en la cultura tradicional coreana es el color asociado a los rituales funerarios. *Blanco* es un libro originado en el luto, en el vacío que dejó la muerte prematura de una bebé, pero que resignifica el dolor y la vida gracias a una exploración sensitiva, simbólica y lingüística del color.

El libro, integrado por tres partes —“Yo”, “Ella” y “Todo lo blanco”—, comienza a través de una confesión performática: “Lo primero que hice la primavera en que decidí escribir sobre el blanco fue una lista: Manta de bebé/ Batita de recién nacido/ Sal [...] Luna [...] Mortaja”. Desde las primeras páginas, Kang nos ofrece comprender que no se trata de un texto cuya escritura procede de un ejercicio lineal, por el contrario, admite que se trató de un proceso cargado de afectos y efectos plasmados en la escritura. Dejar ver los hilos detrás de una urdimbre textual es un procedimiento raro y no siempre afortunado. En *Blanco*, sin embargo, funciona como advertencia, pero también como puente o sendero para los lectores más acostumbrados a las formas tradicionales de la literatura.

Asimismo, cabe resaltar la estructura en tríptico. La primera parte, “Yo”, de corte mucho más narrativo, da a conocer la historia de la narradora. Una ciudad, Varsovia, y la forma en que los habitantes han resignificado las ruinas producto de la resistencia bélica dan pie a una reflexión: una vida que continúa —¿o suplanta?— a otra. Desde sus primeras páginas, el libro nos adentra en un mundo en el que el vacío existencial comienza con una herida previa al nacimiento. La narradora se pregunta qué habría pasado si *ella*, la primera hija, no hubiera muerto de manera temprana: “Imagino que fue ella quien vino a este lugar en vez de mí”.

La segunda parte, “Ella”, de tono más evocativo, versa sobre un ejercicio imaginativo en el que se crea una vida hipotética para la hermana mayor. El uso de prosa poética y el seguimiento de la historia en tercera persona no son elementos fortuitos; al igual que en otras novelas de la autora, la inserción de fragmentos más ligados al lenguaje lírico le permite abordar sutilezas, dar espacio a dimensiones que suspenden la lógica del tiempo cotidiano: el sueño, el recuerdo, el pensamiento o la imaginación. Resulta acertado que, en determinado momento, la

división entre el yo y el ella comienza a borrarse hasta que terminan por asimilarse en el mismo ser. En “Todo lo blanco”, tercera y última parte, se retoma la voz en primera persona y el estilo narrativo. No obstante, existe una transformación de la narradora y el reconocimiento de un interlocutor, la hermana —su *onni* —: “Cuando miré a través de tus ojos, vi diferente”. El cierre de la obra, o novela como algunos la han querido llamar, es un acto simbólico; palabras de despedida entregadas a un ser cuyo peso abrió el surco para ser amado, la narradora implora: “No te mueras. *Vive*” en la palabra, en un libro, en la invención, en la continuidad de las hermanas, pero sobre todo en lo blanco, en *todo lo blanco*.

Los tres *performances* que acompañan a la pieza sirven como correlato que, más que ilustrar, da cuenta de una investigación realizada recurriendo a múltiples sentidos, en la que el color deja de ser una experiencia visual para convertirse en una pulsión omniabarcante.

La obra de Kang no sólo brinda la posibilidad de comprender algunas cuestiones como la muerte, el dolor, el trauma generacional, la construcción de la memoria o el peso ficticio de la vida, sino también de descubrir que la lectura nunca fue simplemente un llenado de espacios en blanco; que la escritura acontece en ese absoluto que es la página en blanco: suspensión del sentido; que el mundo no está teñido de colores distintos, sino que constituye el espectro descompuesto de una sola luz —blanca—. Kang tiñe, o destiñe, nuestro mundo; lo inunda de una potencia blanquecina donde el límite entre lo uno y lo otro, ella y yo, la vida y la muerte, la prosa y la poesía termina por disolverse. 

Evaluna Pereyra (Xalapa, 1997). Egresada de la Maestría en Estética y Arte por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y de la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Veracruzana. Obtuvo el Premio Nacional de Ensayo Universitario Carlos Fuentes 2021.

LA GRAMÁTICA DE LA INADAPTACIÓN

Giselle Meza

Conocí a Mariano del Cueto (1990) en Tepoztlán, apenas nos vimos un par de veces y las conversaciones nunca giraron en torno a la literatura. Lo volví a ver en marzo, durante la presentación de *La tierra que no te quiso* (2025) en una librería de Tijuana. Para entonces ya había leído su libro y quería hablar sobre su trabajo, pero decidí no hacerlo: no quería contaminar mi perspectiva con la suya. Entre copas —mías, no suyas— le dije que retomáramos la conversación una vez publicada esta reseña.

Esa misma mezcla de cercanía y distancia podemos percibir al leer su libro, el cual transita entre la crónica de viaje y el ensayo, para crear una historia que, a veces, deja que la ficción rellene los espacios que la memoria no puede. La lectura plantea una idea que atraviesa todo el libro: el desplazamiento no siempre es una decisión, sino una herencia. En palabras del autor, “las decisiones nos condicionan menos que los accidentes”. Bajo esta premisa, narra cómo terminó pasando un semestre en Poznań, Polonia —no como una opción, sino como única vía posible— sin tener mayor noción del país que la que le ofrecían sus escritores: Wisława Szymborska, Witold Gombrowicz y Sergio Pitól.

El trabajo de Pitól representó un puente cultural entre la literatura polaca y el mundo

La tierra que no te quiso

Mariano del Cueto

El arte nuevo, 2025



hispanohablante. La conexión con el Maestro es indudable, a lo largo de la lectura aparecen algunas de sus obras como *Elogio del cuento polaco* y *El arte de la fuga* —título que además da nombre a la colección de no ficción de la editorial El arte nuevo, donde se publica este volumen—. El trabajo de Mariano parece responder a una advertencia escrita por Pitol en *El arte de la fuga*: “Sin una afirmación de su lenguaje, el viajero pierde la capacidad de aspirar a traducir el Universo; se convertirá, tan sólo, en un intérprete a nivel de guía de turistas”. *La tierra que no te quiso* registra el viaje del autor y al mismo tiempo construye su propio lenguaje; uno capaz de sostener la incomodidad de la barrera idiomática, donde las consonantes acentuadas no son el único obstáculo para aprender la lengua; lo que profundiza esta distancia son las dinámicas sociales y raciales, a ratos agresivas, que terminan por instalar en él una persistente sensación de inadaptación.

Con una sólida construcción narrativa, acompañada de la ironía y el sentido del humor, pone en tensión la memoria histórica del país con la política de ultraderecha actual y la problemática racial que atraviesa la población. Lo hace con la habilidad narrativa de no caer en el sermón ni el autoritarismo moral. En su lugar, introduce escenas cotidianas que revelan las tensiones sociales y las convierte en un espejo para el lector. Del Cueto lo señala sin rodeos: “El comportamiento que tanto lamento en Polonia, a miles de kilómetros es difundido, en ocasiones, por gente conocida”. Así, hace visible que aquello que suele considerarse “inconcebible” en un país europeo, también existe en nuestros propios contextos latinoamericanos, muchas veces idealizados por un “primer mundo”.

En un país donde no sólo la lengua excluye, también la situación sociopolítica que rechaza a quien no cumple con un único color de piel. Allí es necesario vestir los colores correctos, pertenecer visualmente, no parecer extranjero, no parecer demasiado cercano a otro hombre. Frente a ese entorno, el autor encuentra en la comida, la poesía y la amistad una forma de resguardo, sobre todo en la memoria de su abuela marcada por la migración.

Su figura se vuelve el centro gravitacional del libro, pero también funciona como un enlace con la vida de la poeta Wisława Szymborska, cuya imagen ha sido desplazada de manera figurativa: aunque nació en Kórnik, suele situársele en Cracovia. Su poema “Conversaciones con una piedra”, esboza la imposibilidad de la adaptación ante el rechazo que Mariano retrata en una tierra que históricamente ha sido herida.

Estoy herméticamente cerrada.

Incluso hecha añicos,
sería añicos cerrados.

Incluso hecha polvo,
sería polvo cerrado.

Todo regresa a su abuela, la búsqueda de la tumba de Wisława Szymborska, las caminatas por cementerios, las historias de amigas migrantes. A partir de ahí, el libro se abre hacia una reflexión sobre la memoria familiar y la herencia del desplazamiento.

La lectura no se sostiene sólo en datos históricos o anécdotas cotidianas, también deja la sensación de que toda experiencia migrante termina por reducirse a gestos. Como se lee en el libro:

Qué impreciso traducir palabras que nacen de la rabia. Necesitas contexto, ademanes, tono, reacción. Todo lenguaje tiene su puerta de escape. Hay palabras que son cuerpo, fluidos, músculos tensos. No pueden, simplemente, transcribirse. El lenguaje es limitado; la traducción, impotente.

En ese margen donde el idioma no alcanza, aparecen los gestos: la pronunciación, la decisión apresurada de cruzar una calle o atarse una bufanda al cuello como despedida. Una lectura sobre pertenencia, sobre las partes de la historia que deciden contarse y cuáles se ocultan bajo un río hermoso. El libro convierte una experiencia individual en una evidencia de que el idioma no es sólo una herramienta, es territorio.

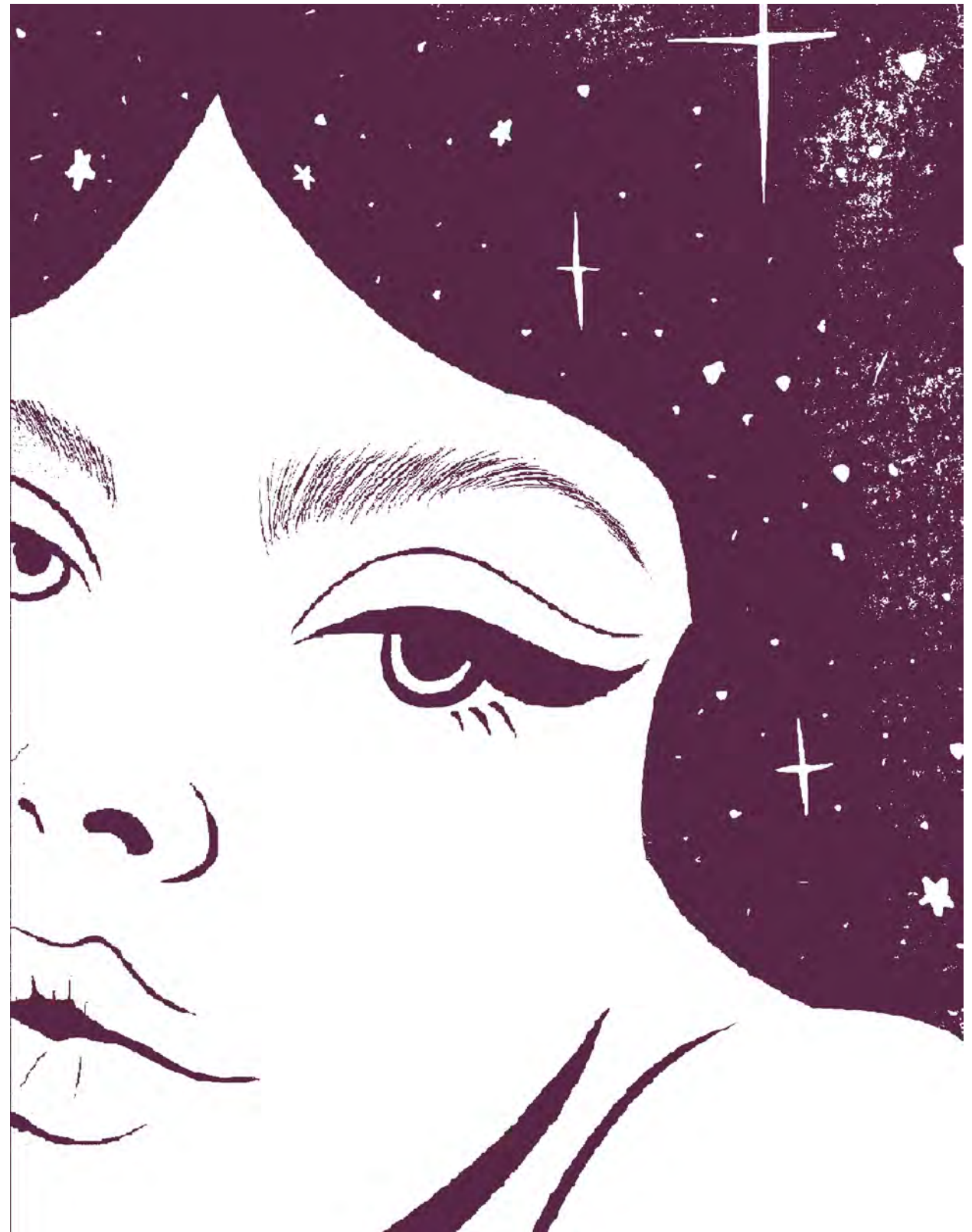
La única duda que me surge es personal: ¿habrían entendido también en Polonia las señas de Sergio Pitol, cuando la palabra le fue arrebatada por la afasia? 

Giselle Meza (Tijuana, 1995). Escritora y ensayista. Coganadora de la beca Palabras que Cuentan de la residencia de escritura Under the Volcano (2026) y acreedora del estímulo PECDA Baja California (2026) en Ensayo Creativo. Obtuvo el II Premio Internacional de Cuento Horroris Causa (2023) y ha publicado en *Casapaís*. Administra la página de reseñas literarias @_desmembrando.letras

GÉNESIS EN NEGRO

Lizzabela







PORTADA

Ivanna Villarán

(Puebla, 2000). Artista visual. Ha sido parte de exposiciones colectivas en galerías como Cafesino (2026) y en el Museo de San Pedro (2026). Imparte talleres de acuarela.
 @ ivannas.gallery

Itzia Vieyra

(Morelia, 1997). Maestra en Historia del Arte por la UNAM. Participó en las exposiciones colectivas "STCKY FRNDS" (Casa Romero, 2022) y "SOS Muestra de Arte Sostenible" (Galería Secreta, 2022).
 @ cosasqueaveceshago



Dan Abinadí Martínez Marín

(Aguascalientes, 2005). Estudiante de Humanidades y Narrativas Multimedia en la UNRC y becario de la FLM en Xalapa 2025. Trabaja poesía en prosa y fotografía híbrida.
 @ danabimarea

Melissa Paredes

(Ciudad de México, 1991). Artista visual y dibujante. Su trabajo se mueve entre el paisaje, la acuarela y el cómic. Actualmente cursa la Maestría en Artes y Diseño de la UNAM.
 @ meldibujosparedes



Rosario Lucas

(Tlalnepantla, 1994). Dibuja, escribe y hace cómics y fanzines. Trabaja de forma autogestiva desde 2019, en una casa azul en los cerros de Atizapán de Zaragoza.
 @ rosariolucash

Sofía Altieri "Caos ilustrado"

(Puebla, 1994). Es dibujante y muralista
 @ caosilustrado
 x caosilustrado



Aura Marun

(Hermosillo, 1998). Artista multidisciplinaria. Licenciada en Medios audiovisuales por la Universidad de Medios Audiovisuales CAAV. Participó en las exposiciones colectivas "Amalgamar el proceso" (2025) y "Diariamente un ciclo" (2023).
 @ aura.marun

TINTA SUELTA

Liz Palma "Lizzabela"

(Ciudad de México, 1994). Diseñadora por la EDINBA. Se ha centrado en el diseño editorial, comisiones de dibujo y arte digital. Publicó en *Érase una vez un fanzine*, y participó en la exposición colectiva *PornoGráfica Vol. 5* en 2024.
 @ lizzabela_art

